

Jazmín®

El regreso del amor

Barbara MacMahon

El Regreso del Amor

Barbara McMahon

Título de la novela (Año): El regreso del amor (2006) Título Original: Winning back his wife () Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2037
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Hunter y Heather Jackson

Argumento:

Disponía de sólo una semana para demostrarle a su ex marido que podían volver a ser felices juntos…

Heather Jackson llevaba diez años tratando de olvidar que en otro tiempo había sido una feliz esposa. Había tenido que elegir entre su familia y su marido… y finalmente se había visto obligada a sacrificar su matrimonio.

Pero su ex marido había vuelto. Era evidente que Hunter seguía dolido por la ruptura, pues no entendía por qué Heather lo había abandonado. Pero incluso después de que ella le confesara la verdad, Hunter siguió creyendo que sería difícil reconciliarse. Sin embargo, Heather sabía que la atracción seguía existiendo… y en el fondo, también había amor.

Capítulo 1

Heather Jackson llegó tarde a la sala de conferencias, como de costumbre. Se sentó rápidamente frente a su mesa de caoba, con la esperanza de que su tío no hiciera uno de sus comentarios mordaces. Afortunadamente, Saul Jackson estaba hablando con su primo Fletcher y no se molestó en mirar en su dirección. Heather intentó ponerse al tanto de lo sucedido en la reunión. Sally Myers, que estaba sentada a su lado, le pasó una nota con una breve reseña. Heather le sonrió, agradecida, y empezó a escuchar atentamente.

Un momento más tarde su tío dejó de hablar con Fletcher y la miró. Heather supo que había llegado su hora.

—Me alegro de que estés con nosotros, Heather —dijo su tío Saul.

Ella asintió. Estaba acostumbrada a sus formas. A ella no le gustaba enfadarlo, pero lo había hecho más de una vez. Y evidentemente, volvería a hacerlo. Su tío no había conseguido ser el dueño de una de las agencias de publicidad más grandes del noroeste del Pacífico gracias a su comprensión y ternura.

Su tío sacó una hoja y la puso frente a él.

—Tenemos una respuesta a la copia del anuncio que enviaste a Trails West.

—¿Han elegido el anuncio?

—No.

Heather se desanimó. Le habían dado la publicidad a medio camino de la etapa de diseño. Se había hecho cargo del trabajo después de los preliminares. Había trabajado mucho, tanto con los dibujos como con la copia. Adrian Tyler había hecho el trabajo preliminar de la publicidad, pero cuando su esposa había tenido complicaciones en el embarazo, se había tomado unos días de permiso y había pasado sus notas a Heather.

Heather creía que había captado exactamente lo que la empresa de equipos deportivos buscaba con su expansión a la zona Noroeste del Pacífico. Era una empresa de Denver, que había estado creciendo en los últimos seis años, expandiéndose por California, y ahora en Seattle, Portland y Yakima simultáneamente. Y ella había

tenido esperanzas de poder conseguir la publicidad de la zona para la agencia para la que trabajaba: Jackson & Prince.

—Al menos, no todavía —agregó Saul.

—¿Qué significa eso? —preguntó Heather.

—Es inusual, pero la empresa quiere que las agencias que están interesadas en su publicidad no sólo entreguen una copia de su proyecto. Al parecer, el director quiere que nos impliquemos más.

—¿Y eso qué significa?

—Según dicen, hay cinco empresas interesadas. Cada una tiene que enviar a un publicista ejecutivo para demostrar que conocen sus productos y su uso directo.

—Eso nos deja fuera. No tengo idea sobre camping.

Fletcher se rió.

—La idea de Heather de actividades al aire libre es andar del coche al centro comercial.

Los otros sonrieron, pero no se alinearon con Fletcher.

—Ve tú, entonces —le dijo Heather a su primo, que no dejaba pasar la oportunidad de pincharla.

—¡Eh! No se trata de mi publicidad —protestó su primo.

—Tampoco será la publicidad de Heather, si no demuestra que está familiarizada con los productos. Trails West quiere publicidad basada en experiencias personales.

Ella suspiró. La última vez que había hecho algo parecido había sido hacía diez años, cuando Hunter se había empecinado en mostrarle la belleza de la naturaleza y su habilidad para vivir en lugares salvajes. Ella no tenía ni idea de acampadas ni de hacer autostop en las montañas.

Sintió una punzada. Ya casi no pensaba en Hunter. Hacía diez años que no lo veía.

Pero cada tanto algo se lo recordaba. Y ella sentía tristeza por todo lo perdido.

Saul dejó los papeles sobre la mesa y miró a todos, pero detuvo la mirada en Heather.

—No creo que tenga que deciros cuál es la situación por la que atraviesa la empresa. Hemos perdido dos campañas en los últimos cuatro meses. Si no conseguimos otras que compensen esas pérdidas, tendremos que recortar drásticamente los gastos en un futuro cercano y tal vez despedir personal.

Heather se movió en el asiento. ¿Estaba hablando de ella?, se preguntó.

Sabía que había conseguido el trabajo porque Saul era su tío y se sentía responsable de la familia de su hermano muerto. Pero siempre que le viniera bien. Si no satisfacía sus deseos, la echaría sin dudarlo. A no ser que de la noche a la mañana se hiciera una experta en camping.

—No sé nada de acampadas —protestó Heather.

—Aprende. La gira empieza dentro de dos semanas. Empápate del tema y luego vuelve a traernos esa publicidad. Contamos contigo, Heather. Tu madre también cuenta contigo —dijo Saul.

No había hecho falta que se lo dijera. Ella sabía más que nadie cuánto contaba con ella su madre.

—Ésta es la información que Trails West nos mandó —le dio un montón de papeles—. ¡Consigue la publicidad!

Heather miró los papeles. Eran instrucciones para el campamento. Y por el número de hojas, parecía que acampar era algo muy serio.

Tendría que hablar con su tío después de la reunión, hacerlo comprender que era imposible que ella reuniera esas habilidades en quince días. Lamentaba que su tío hubiera puesto el éxito de la empresa sobre sus hombros. Era su empresa, no de ella.

Saul podía enviar a Fletcher. Se sonrió al pensar en él. Para Fletcher una actividad al aire libre era mirar un partido de fútbol por la televisión.

Pero tenía que tener sentido de la realidad. No podía perder su trabajo, aunque no estuviera segura de poder hacer aquello.

Su sueldo era generoso, lo que le permitía ayudar a su madre. Pero no tenía idea de cómo sobrevivir en terreno salvaje. Fletcher tenía razón en parte: no era una mujer muy activa. Prefería escuchar música o leer a hacer actividades al aire libre.

Miró sus uñas postizas y su minifalda. Hacía poco que se sentía segura económicamente como para poder darse aquellos gustos. Habían tenido que gastar mucho dinero en medicinas y médicos durante mucho tiempo. Había dedicado su vida a su madre. Y ahora necesitaba darse algún capricho.

Pero para poder seguir mimándose un poco y seguir viviendo en el bonito apartamento en el que vivían su madre y ella tenía que

conseguir aquel contrato de Trails West.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Saul.

Saul dio por terminada la reunión. Pero Heather se quedó, mientras los otros empezaban a marcharse.

—Saul, tenemos que hablar —le dijo Heather alcanzándolo antes de que se marchase.

Saul parecía cansado, reflexionó Heather, sorprendida. Su tío nunca parecía cansado. ¿Irían las cosas peor de lo que ella creía?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Heather, acercándose.

—Por supuesto. ¿De qué quieres hablar? —apoyó una cadera en la mesa de reuniones.

—Acerca de Trails West. ¿No hay otra persona que pueda ir? Si voy yo, el contrato peligra. Podría ir Fletcher. O Jason —dijo desesperadamente, nombrando al hombre que trabajaba con ella en algunos proyectos.

Saul agitó la cabeza.

—Cielo, sé que será un desafío para ti, pero aprende cosas sobre camping en libros o en lo que sea. Habla con algún amigo que entienda de eso. Eres fuerte. Con todo lo que haces con tu madre, tienes que tener más fuerza de la que crees. Necesitamos ese contrato.

Sintió que se le caía un peso encima. Como cuando se había enterado de que su padre había chocado en un accidente de coche y se había matado, dejando a su madre inválida. Ella había reaccionado sin dudar, asumiendo el cuidado de su madre y sirviéndole a ésta de consuelo cuando ella misma estaba sufriendo una gran pérdida.

Lo había hecho. Aunque algunas veces le había parecido que no sería capaz de hacerlo. Y ahora, una vez más, le habían pedido lo imposible.

—¿Y qué hago con mi madre?

—Susan y yo le diremos que se quede con nosotros. Sólo estarás fuera una semana.

El trabajo debía ser importante si su tía Susan iba a pedirle a su madre que se quedara con ellos. Las dos mujeres no se soportaban. Susan estaba convencida de que Amelia podía arreglarse sola y que se aprovechaba de Heather. Y a su madre no le gustaba nadie que no la adulara. Hasta Heather se daba cuenta de que su madre era

muy egocéntrica. Pero la excusaba el hecho de estar confinada en una silla de ruedas y con mala salud de por vida.

—Haré todo lo que pueda.

—Espero que sea suficiente. Dependemos de ti, Heather.

Cuando Heather llegó a su pequeño despacho, se sentó frente a su mesa de dibujante, cerca de una ventana. Le gustaba su trabajo. Lo que no le gustaban eran las reuniones con los clientes. Nunca había sido buena para las relaciones sociales.

Era una persona afable y amistosa, pero prefería estar sola a tener que asistir a cenas para intentar ganar clientes.

Miró las instrucciones que le había dado su tío. Estaba todo: desde qué ropa llevar al viaje, el saco de dormir, el itinerario y cuánto duraría la gira: una semana entera.

«¿Una semana entera sin ducha y sin baños de inmersión?». «¿De dormir en el suelo duro?». «¿Una semana de comer comida de lata y convivir con extraños?», pensó. ¿Lo aguantaría?

Ni siquiera tendría cobertura su teléfono, seguramente. No tendría ninguna de las cosas a las que estaba acostumbrada.

Pero no podía decir que no. Y si su tío Saul estaba en lo cierto, Jackson & Prince dependía de ella.

Suspiró profundamente y comenzó a leer la lista de cosas que tenía que llevar dos semanas más tarde.

El sábado siguiente Heather fue a una tienda nueva de Trails West que acababan de abrir en Seattle. El lugar era un paraíso para los amantes de los deportes al aire libre.

—¿En qué puedo servirla? —la abordó un joven dependiente.

Ella sonrió.

—Unos amigos están planeando una gira en camping y me han convencido para que vaya. No he estado nunca de acampada, y necesito equiparme. Y que me dé algunos consejos quizás.

—Tengo una lista de cosas que me han sugerido que lleve —dijo Heather, sacando la lista que había copiado cuidadosamente de la información recibida. Se la dio al hombre.

—¡Guau! ;Quiere de todo! ¡Hasta unas botas para senderismo! —se quedó pensativo—. Tiene que acostumbrarse a ellas antes de emprender una excursión larga. ¿Cuándo se marcha?

—Dentro de dos semanas.

—Entonces tendrá tiempo de ablandarlas. Veamos... Creo que

tenemos todo lo que necesita —el dependiente sonrió y empezó a caminar hacia uno de los pasillos.

Una hora y media más tarde, Heather había terminado. Al ver la pila de cosas que había comprado, se preguntó cómo haría para meterlas en una mochila. No era de extrañar que en las instrucciones le aconsejaran viajar con poco peso. ¿Podría arreglárselas con una muda de ropa, un plato y una cuchara?

Mientras el dependiente registraba los artículos, Heather volvió a mirar alrededor.

El negocio parecía ir viento en popa, aunque la ceremonia de inauguración sería varias semanas más tarde, un evento que llamaría la atención de los medios de comunicación, lo que supondría un lanzamiento hacia el éxito.

Al mirar detrás del mostrador, Heather se quedó helada. Había dos fotos, una al lado de la otra. Eran los fundadores de Trails West, según ponía debajo. Los ojos de Heather se quedaron fijos en el de la izquierda: Hunter Braddock.

Su corazón dio un vuelco.

—¿Esos son los fundadores de Trails West? —preguntó.

—Sí, Hunter Braddock y Trevor McLintock. Conozco a los dos —dijo el hombre, orgulloso—. Vinieron cuando se inauguró la tienda. Volverán para la fiesta de inauguración.

—Pero la empresa está radicada en Denver, ¿no? —dijo ella, intentando recordar lo que había leído en la información que le habían dado para el campamento. El nombre de Hunter no estaba. Eso lo sabía seguro. Lo habría reconocido inmediatamente.

Trató de convencerse de que aquello no tenía nada que ver con el pasado. No podía dejar que éste influyera sobre el presente.

Pero no podía dejar de mirar la foto. Parecía mayor de lo que lo recordaba, pero era natural, habían pasado diez años. Ella también tenía diez años más. Lo que pasaba era que en su recuerdo estaba igual. O en sus sueños despierta, que apenas se permitía.

Evidentemente había prosperado. ¿Pensaría en ella alguna vez?

Por un momento, añoró los placenteros meses que habían pasado juntos, destruidos por el accidente de coche que había matado a su padre.

Si Hunter pensaba en ella, no sería con añoranza, de eso estaba segura.

—El total es setecientos dólares con cuarenta y tres céntimos —dijo el dependiente.

Heather se mostró insegura. Aun si un milagro hacía que consiguiera el contrato, Hunter no querría que su agencia dirigiera su campaña publicitaria, sobre todo cuando se enterase de que ella era la publicista encargada. Era mejor que desistiera en aquel mismo momento.

Tenía que decirle a su tío por qué. ¿Le guardaría el secreto?

Nadie de la familia sabía de su breve matrimonio con Hunter, y menos su madre.

Heather no había pensado que saldría a la luz después de tantos años.

Sacó su tarjeta de crédito y se la dio al dependiente. Luego miró involuntariamente la foto de Hunter. Y la embargó un torrente de emociones.

Lo había tratado mal, yéndose de aquel modo, poniéndose en contacto con él a través de un abogado como lo había hecho, para acabar con su matrimonio. Ella había prometido amarlo eternamente, en la salud y en la enfermedad. Y en la primera crisis había huido, dejando abandonado a su joven esposo.

En aquel momento había pensado que era lo mejor. Quizás no para ella, pero sí para su madre, e incluso para Hunter. ¿Habría llegado a verlo de aquel modo alguna vez él? Lo dudaba.

Heather se pasó el fin de semana leyendo los libros sobre camping que había pedido prestados en la biblioteca, y haciendo zapping para encontrar programas que tratasen sobre la naturaleza y de actividades al aire libre.

También se metió en Internet y leyó todo lo que pudo encontrar sobre Trails West y sus fundadores. Fue como leer la biografía de un extraño. Reconoció algunas cosas, pero el resto era información desconocida para ella. A Hunter le habían pasado muchas cosas desde que lo había dejado, muchas cosas de las que ella no había sido parte.

La posibilidad de encontrarse con Hunter algún día, si conseguían la publicidad de sus productos, no se le quitaba de la cabeza.

¿Qué pensaría él si se enteraba de que ella llevaba una de las campañas publicitarias de Seattle?

Molesta con sus propios pensamientos, Heather se puso los vaqueros y las botas de andar y salió a caminar. Quizás el aire fresco aclarase su mente.

—¿Heather? —su madre estaba en el salón, y se sorprendió al verla con aquel atuendo—. ¿Por qué te has puesto esa ropa?

—Ya te he contado lo del camping al que quiere enviarme tío Saul. Me voy a dar un paseo. El dependiente me aconsejó que usara las botas antes de la gira.

—¿Cómo es que tu tío quiere enviarte a algo así? ¿No sabe de los peligros? Podría matarte un oso o un lobo. Y entonces, ¿dónde estaría yo? Lo llamaré para decirle que no puedes ir.

—Tengo que ir, mamá. No te metas.

Ella no pensaba que su vida corriese peligro.

—¿Que no me meta? ¿Cómo me pides eso sabiendo que tengo que pasar una semana entera con esa mujer? Sabes que Susan no me cae bien —protestó Amelia.

—Puedes quedarte aquí, si quieres —dijo Heather, acercándose a la puerta.

No quería más presiones. Ya tenía bastantes.

—Heather, no puedo estar sola. Lo sabes...

—Lo sé, mamá. Susan y Saul te cuidarán. Volveré en un rato.

Se marchó.

Heather esperaba que su tía cuidase de su madre, aunque sabía que ésta pensaba que su madre podía valerse por sí misma pero que prefería tener a Heather a su servicio.

Y a veces Heather lo creía también; pero el sentimiento de culpa volvía a aparecer, y se reprimía cualquier deseo de tener su propia independencia.

Volvió una hora más tarde. El dependiente había tenido razón: aquellas botas había que ablandarlas. De hecho, ya sentía una rozadura en el pie izquierdo. Tendría tiempo de curársela. Pero sería bueno recordar los consejos que le había dado el dependiente y aprender del material impreso que tenía en casa.

Las dos semanas pasaron rápidamente. Heather había usado las botas y la indumentaria de camping todos los días, sin importarle los comentarios de la gente del trabajo. Se pasó todo el tiempo de la comida trepando las colinas de Seattle. Fue y volvió andando al trabajo todos los días. Sabía que no estaba en la mejor de las

formas, pero al menos había hecho todo lo que había podido.

En casa preparó varias veces la mochila y la deshizo otras tantas y practicó con ella más de una hora todos los días. Al principio le costó mucho. Pero luego se fue acostumbrando, y al final de la segunda semana pudo subir y bajar las escaleras fácilmente con ella.

Su madre intentó disuadirla, pero ella estaba determinada a marcharse. Lo hacía por su tío y por sí misma. Y aunque no consiguiera el contrato, se esforzaría al máximo.

Finalmente llegó el fatídico sábado. Hizo la mochila con lo mínimo. Sólo llevaba una crema humectante y un protector solar como le habían indicado. Lo único extra que llevaría sería una cámara digital, una libreta y lápices. Quería captar las imágenes bonitas y aprovechar todas las ideas que se le ocurriesen. Su madre se había marchado a casa de Saul la noche antes, protestando durante todo el viaje.

Se ajustó el arnés de la mochila. Estaba preparada.

Pero pronto dejó la mochila en el baúl del coche y se dirigió a las cascadas, punto de encuentro con los otros excursionistas que estaba a dos horas de Seattle.

A medida que avanzaba en el camino, iba sintiendo un aire de libertad. Hacía años que no pasaba un tiempo sin su madre. No era que tuviera que estar con ella todo el tiempo. Pero quedarse a dormir fuera era casi imposible para ella, a no ser que fuera alguien a acompañar a Amelia. Tenía pocas amigas. Desde los diecinueve años, cuando había perdido a su padre, había tenido que asumir la responsabilidad de su vida y la de su madre, y no le había quedado tiempo para pasárselo bien ni para estudiar en la universidad, donde otros jóvenes planeaban su futuro. Y tampoco había tenido tiempo para construir su matrimonio.

Ninguno de sus padres se había enterado de su boda. Le habían insistido tanto en la responsabilidad de tener una buena educación, que no se había atrevido a contarles que su relación con Hunter era seria. Durante unas vacaciones de Navidad, cuando había intentado contarles lo feliz que era por haber encontrado un hombre especial, sus padres le habían repetido que su objetivo debía ser su graduación.

Así que se había casado en febrero, sin decirles nada, convencida de que cuando vieran sus notas se convencerían de que

ella podía sacar adelante una carrera estando casada.

Aquellos días habían sido muy excitantes. Habían estado muy enamorados.

Heather iba a estudiar para maestra. Y Hunter estaba en la mitad de la carrera de Empresariales, planeando construir un imperio.

Y Trails West parecía demostrar que estaba en camino de lograrlo.

Ella, en cambio, no había podido terminar ni siquiera su primer año de universidad.

¿Qué sería de la vida de Hunter? ¿Se habría vuelto a casar? ¿Tendría hijos? La idea le dolía. No habían hablado de ello, pero ella siempre había deseado tener niños. Ella era hija única y había envidiado muchas veces a su primo Fletcher y a sus hermanos y hermanas. Y le había encantado pasar las vacaciones con la familia Owen. Había habido tantas risas, discusiones acaloradas y cariño...

Si hubiera podido cambiar un solo acontecimiento en su vida, éste habría sido el accidente de sus padres. Y si hubiera podido cambiar dos, no habría abandonado a Hunter de aquel modo.

Al acercarse a Cascadas el paisaje fue cambiando. Había colinas que subían y bajaban, pinos flanqueando el camino, arroyos serpenteando el terreno. Las señales de la civilización quedaban cada vez más lejos. Era maravilloso. Heather no estaba muy convencida de que aquel viaje sirviera de algo, pero había decidido disfrutar de lo que pudiera.

Cuando apareció el cartel de Bear River Resort, supo que estaba cerca. Sintió un nudo en el estómago. Su futuro dependía de aquella excursión.

El rústico refugio apareció ante su vista cuando giró en la curva. Siguió las instrucciones y aparcó en el extremo del lado izquierdo. Había dos hombres de pie en un espacio abierto, con mochilas a su lado. Probablemente serían otros miembros de la excursión.

Heather recogió su mochila del maletero y se la puso al hombro. Se acercó a los hombres y sonrió.

—¿Habéis venido al campamento de Trails West? —preguntó.

Un hombre asintió, mirándola de arriba abajo.

—¿Tú también?

—Sí —respondió Heather, fingiendo una seguridad que no tenía.

—Soy Bill Evans, de la Agencia Tierney & Ross —dijo el segundo hombre, tendiéndole la mano—. Me pregunto qué otras sorpresas nos encontraremos. Creí que esto era un asunto sólo para hombres.

Heather sonrió cortésmente y se presentó.

—Soy John Murden, de Statton Brothers, una de las agencias más importantes de Seattle —dijo el otro.

Por el aspecto de su ropa y botas estaba muy familiarizado con aquellas excursiones, pensó Heather.

—Una forma muy interesante de decidir quién gana el contrato, me parece —dijo Bill.

—Una idea inspirada, diría yo —respondió John—Yo he ido a campamentos toda la vida. Trails West tiene los mejores equipos del mercado. Para mí no es problema escribir buenos anuncios creyendo en el producto como creo. Me alegro de que se hayan establecido en esta zona del país.

Heather asintió, sintiéndose totalmente fuera de lugar.

Apareció otro coche. Y casi inmediatamente se presentó el tercer hombre.

—Soy Peter Howard —dijo con seguridad en sí mismo—. De Howard, Mercell & Baker. No esperaba que se presentase tanta gente.

—En la información ponía que éramos cinco —murmuró Heather. Se presentó y escuchó mientras los otros terminaban el ritual.

—Lo vi. Pero no esperaba que se presentase todo el mundo. Es una buena forma de escaparse un poco de la oficina. Yo, como soy socio de mi empresa, puedo permitírmelo, pero la mayoría de los ejecutivos de publicidad no pueden hacerlo —y agregó mirando a Heather—: Y yo diría, señorita, que tiene agallas. La mayoría de las mujeres no lo haría. ¿Va a aguantar todo el proceso? ¿O vamos a tener que evacuarla urgentemente el primer día? —se rió.

Heather no se estaba divirtiendo.

—Tengo intención de terminar el proceso —respondió firmemente.

Un coche negro se acercó a ellos, seguido de uno rojo de alquiler. Aparcaron cerca del coche de Heather. Eran los últimos dos miembros del grupo.

El hombre que bajó del coche alquilado parecía un vaquero.

Llevaba un sombrero de cowboy y vaqueros. Pero sus botas eran para hacer senderismo.

Llevaba una mochila como si no pesara nada.

Pero Heather desvió su atención hacia el hombre del coche negro. Se quedó petrificada. Su corazón dio un vuelco.

Su peor pesadilla se había cumplido.

Hunter cerró la puerta del coche. Se puso una mochila y una bandolera al hombro y fue hacia ellos.

Capítulo 2

Hunter miró al grupo rodeado de mochilas. Esperaba que Alan supiera lo que hacía con aquella nueva forma de elegir la mejor agencia publicitaria. El hecho de que un hombre supiera escalar montañas no quería decir que supiera hacer publicidad. O una mujer, pensó al ver que había una en el grupo.

Había sustituido a Alan en el último momento y sólo tenía tres tiendas de campaña, se lamentó. Era el primer problema logístico.

Cuando se acercó al grupo casi se queda petrificado. La última vez que había visto a Heather, había sido cuando se había marchado diciendo que no quería volver a verlo.

¿Qué hacía allí?

—¿Eres Hunter Braddock? Soy Bill Evans, déjame que te ayude con eso —un hombre del grupo lo ayudó con los bultos.

Hunter lo miró, desviando la mirada de Heather.

—Gracias. ¿Eres Evans, de Tierney & Ross?

Hunter había visto los nombres de los representantes de las agencias. Y no había relacionado a H. Jackson, de Jackson & Prince, con Heather.

Por un momento, le chocó el hecho de que hubiera recuperado su apellido de soltera después de su divorcio. ¿Qué había esperado? Sólo habían estado casados tres meses hacía mucho tiempo.

Pero él había ido allí por negocios. Si Heather era la representante de una agencia, sería porque reuniría suficientes cualidades. Alan no conocía su historia. Así que habría elegido a las agencias por mérito. ¿Podría hacerlo él también?

—Soy Peter Howard, Hunter. No esperaba que vinieras tú en persona —Peter se adelantó y le dio la mano.

Hunter asintió, dejando su mochila junto a las otras. Dio la mano a Peter y luego a Bill Evans y a Jess Towsend, el vaquero. Finalmente se volvió a Heather. Sus ojos marrones y su pelo claro todavía tenían el poder de fascinarlo. Estaba delgada y parecía una muñeca. Llevaba ropa nueva, uñas postizas, y su peinado no le duraría ni un día. Abandonaría la marcha antes de que llegara la noche. No podía creer que se hubiera atrevido a llegar hasta allí.

—Hola, Heather —dijo él. No le dio la mano.

No quería tocar aquella piel suave. Sabía cómo era. Por un momento las puntas de sus dedos casi tiemblan al recordar la textura satinada.

—Hola, Hunter —dijo Heather.

Él notó el esfuerzo que hizo ella para mantener su expresión impasible.

¿Esperaría algo especial de él? Si era así, se equivocaba. No tenía nada para ella.

Como ella no tenía nada para él.

Dio la espalda a Heather y miró a los otros.

—Se suponía que era Alan Osborne quien dirigiría la marcha, pero se rompió el tobillo hace dos días en un accidente de motocross. Acabo de llegar de Denver, así que el primer día será más suave, porque estoy muy cansado. Supongo que todos habéis traído las cosas que os pedimos. Yo he traído las tiendas de campaña.

Haremos turnos para llevarlas. Pesan poco. Son para dos personas —miró el cielo—.

El pronóstico es de cielos claros para los próximos dos días con posibilidad de lluvia más tarde esta semana, así que esperemos que el tiempo nos ayude.

Peter se rió.

—Si las tiendas son para dos, yo me ofrezco a compartirla con Heather —bromeó.

Hacía diez años que no veía a Heather, pero aquello no le había gustado.

—Heather la compartirá conmigo —replicó Hunter.

—Quizás debiéramos rotarnos todas las noches. Eso sería más justo —comentó Peter.

—Yo no necesitó una tienda de campaña. Puedo dormir bajo las estrellas —dijo Heather rápidamente.

Hunter no le hizo caso.

—Si estamos listos para marcharnos, será mejor que nos pongamos en marcha.

¿Todo el mundo tiene lo que necesita? ¿Alguien tiene que ir al aseo antes de marcharnos?

—Sí, yo —respondió Heather.

Heather empezó a caminar hacia el refugio. Él la observó,

recordando el día que se había marchado. A él se le había venido el mundo abajo. Sintió un instante de rabia.

Y luego una sensación de aceptación agridulce de que la vida no había sido como él la había imaginado.

—Yo iré también —dijo Jess, yendo tras Heather.

Los otros empezaron a conversar con Hunter acerca del camino que tenían por delante. Hunter desvió la mirada de Heather y se concentró en ellos.

—Espero poder conoceros mejor. Que me contéis vuestras ideas para la promoción de Trails West. Alan confía en que conociendo nuestros productos, haréis una buena campaña.

—Puedes confiar en Howard, Mercell & Baker para ello —dijo Peter—. Tanto si se trata de hacer senderismo, como de jugar al fútbol, o lo que sea. Tenemos un experto en cada deporte en nuestra empresa.

Hunter se encogió de hombros.

—Es pronto para decirlo, Peter. Tendremos que verlo, ¿no crees?

Heather no quería salir del aseo de señoras. No había estado segura de poder hacer aquella marcha. Ahora sabía que no podría durar una semana con Hunter.

¿Compartir una tienda con él? Imposible.

Y no era porque quisiera dormir cerca de Peter Howard. En realidad no necesitaba una tienda de campaña. Buscaría un sitio llano y dormiría fuera. ¿No era ésa la idea de aquella excursión? ¿Estar cerca de la naturaleza y usar los productos de Trails West? El tiempo se suponía que estaría bien. Pero tal vez lloviera. Tendría que compartir la tienda con alguien. Pero no lo haría hasta que la obligasen las circunstancias.

Tenía ganas de renunciar a aquello, de decirles que no había sabido que serían todos hombres y echarse atrás. Pero no podía hacerlo.

Volvió con el grupo. Hunter pareció sorprendido de verla regresar. ¿Qué había pensado? ¿Que se echaría atrás sólo por él?

Habían pasado muchos años. Era hora de mostrarle quién era ahora. Esperaba que eso sirviera para borrar la impresión del pasado.

Pero tenía que olvidar el pasado. Lo que contaba era la semana que tenían por delante.

Hunter dio una tienda a Jess y otra a John, y observó a los hombres acomodar sus mochilas en sus espaldas. Heather no estaba tan cómoda como ellos acomodándose la suya. Pero Hunter resistió el deseo de ayudarla. No quería hacer favores a nadie.

En menos de diez minutos, todos estuvieron listos. Peter alcanzó a Hunter y se puso a contarle cosas sobre los planes de su empresa.

—Parece peligroso —dijo Jess, al ver que Peter monopolizaba la atención de Hunter.

—¿Crees que va a hablarle de negocios todo el tiempo? —preguntó ella.

—Para eso estamos aquí, para convencerlo de que nuestra agencia es la mejor.

—¿De verdad? Creí que era para probar los productos y familiarizarnos con ellos

—respondió, sorprendida.

Jess asintió con la cabeza, y Heather siguió a John y a Bill.

—Conozco sus productos. Nosotros tenemos su publicidad en Denver. Mi jefe no consiguió la de California, y desde entonces está empeñado en hacer la del noroeste del Pacífico. Somos su agencia publicitaria en Denver desde que empezaron —le contó Bill.

—Son buenos sus productos —comentó Heather—. Y sus dependientes son especialistas en distintos campos, con lo que pueden ayudar estupendamente a los clientes —lo sabía por experiencia propia.

Heather pensó que no sólo tenía que sobrevivir a aquel viaje sino que además tendría que convencer a Hunter de que su agencia era la mejor. Se rió interiormente ante la ironía. Era la menos adecuada para ello.

Jess se quedó callado al poco tiempo. Peter no dejaba de hablar. Ella no les hizo caso y admiró el paisaje. Era un bosque muy bonito. Cada tanto oía el ruido de algún animal, pero no lo veía. El aire era fresco y limpio, y pronto se adaptó al ritmo de la marcha. Se relajó. Haría todo lo que pudiera. No podía hacer otra cosa.

Hunter estaba cansado de escuchar a Peter. Sería un buen publicista, pero era insoportable como persona. No veía la hora de que hubiera un claro en el bosque y que pudieran cambiar el orden en el que iban.

Conocía a Jess de Denver y sabía que al menos con él podría

hablar de la temporada de esquí o de los equipos locales... Sabía que tendría que estar un rato con cada uno de los participantes. Pero no le apetecía estar a solas con Heather. ¿Por qué habría dicho que compartiría la tienda de campaña con ella? Que se defendiera sola.

Él ya no era su protector, ni nada para ella. Lo había dejado muy claro cuando lo había dejado por su familia.

De pronto la idea de Alan no le pareció nada brillante en aquellas circunstancias.

No podía quitarse de la mente la idea de que Heather Jackson estaba caminando a menos de un metro de él.

No quería que su mente volviera a la época en que habían estado juntos. Él había creído que estarían juntos toda la vida. Pero la primera crisis los había separado. ¿Se habría arrepentido alguna vez de haberlo abandonado?

Sería una pena que fuera así. Porque había sido ella la que había provocado su ruptura. Tendría que haber asumido las consecuencias. Y lo había hecho, al parecer.

Estaba delgada. El peinado y las uñas parecían demostrar un cierto éxito, como el hecho de estar en aquella excursión. Un cambio muy grande desde que había estado casada con él. Entonces su vocación había sido la enseñanza.

Encontró un claro y se detuvo.

—¿Vamos a parar? —preguntó Peter—. Yo no estoy cansado todavía. Claro que si tienes que dar un respiro a los otros, me parece bien. Que terminen el primer día por lo menos, ¿no?

Hunter lo ignoró. Aquel «nosotros» no existía. Y si seguía así, pondría a su empresa en la lista negra sólo por no escucharlo más.

Uno a uno los otros se acercaron a ellos.

—Descanso de diez minutos —dijo Hunter—. Luego rotaremos. Así podremos hablar con todo el mundo. Mañana habremos terminado las presentaciones y podremos disfrutar de la experiencia sin estar pendientes de otras cosas. ¿Alguna pregunta?

John Murden asintió y preguntó:

—¿Cuánto quieres que nos involucremos? Yo he hecho senderismo, y he usado tus productos. A Alan le debe haber gustado lo que vio de nuestra presentación, si no, yo no estaría aquí. Pero, ¿qué más estás buscando?

—No mucho. Quiero poder conoceros mejor, y ver cómo conectamos a nivel personal —dijo, y se arrepintió inmediatamente de sus palabras.

Miró a Heather y la vio frunciendo el ceño. Le hubiera gustado decirle que había sido un desliz, pero siguió hablando con tono impersonal.

—¿Has visto los anuncios? —preguntó Jess.

—Los he traído. Están en el coche. Les he echado un vistazo durante el vuelo para que pudierais contarme otros aspectos de vuestros planes. Como os he dicho, ésta ha sido idea de Alan, yo sólo lo sustituyo.

—Pero como presidente de la empresa, lo que tú dices es definitivo, ¿no? —preguntó Peter.

Hunter asintió. Volvió a mirar a Heather, pero ella estaba mirando el claro, evitando encontrarse con su mirada.

—Será mejor aprovechar el tiempo de descanso —dijo Jess, sentándose en el suelo y apoyándose en su mochila. Luego se bajó el sombrero de vaquero sobre su rostro.

Pareció dispuesto a dormirse inmediatamente.

Heather se quitó la mochila. Era un alivio. Le dolían los hombros. Sacó su cámara de un bolsillo de la mochila. Esperaba encontrar algún sitio claro donde mereciera la pena hacer una foto. De momento sacaría fotos del grupo. Jess estaba perfecto durmiendo. John y Bill estaban apoyados en árboles conversando con las mochilas a sus pies. Peter seguía hablando a Hunter. Heather se dio la vuelta rápidamente. No iba a sacar fotos de Hunter, aunque le apeteciera llevarse un recuerdo a su casa.

¡Aquellos años había deseado tanto que las cosas hubieran sido distintas! Que el dinero no hubiera sido lo más importante después del accidente de coche, y que los cuidados que su madre había necesitado al principio no le hubieran quitado toda la energía… Recordó aquel tiempo. Por las noches… ¿Cuánto tiempo había tardado en dormirse sin llorar por Hunter? Años, recordó.

Heather rotó sus hombros para aliviar el dolor de su espalda. Miró su reloj. Eran las dos de la tarde. Faltaba mucho tiempo para que acampasen.

Miró el bosque. Se sintió sola. Todos estaban conversando menos Jess, que estaba durmiendo.

Hunter los llamó para que siguieran andando, y cambiaron posiciones. A pesar de ir a la cola, Peter no dejó de hablar de su empresa y sus éxitos en Seattle.

Jess lo escuchó un rato. Luego le dijo directamente que se callase. Quería disfrutar de la naturaleza, no aguantar a Peter.

Heather sonrió para demostrar su acuerdo con él. Jess inclinó el sombrero, asintiendo.

El silencio estaba lleno de paz. Heather empezaba a comprender por qué la gente hacía marchas y acampaba. Les permitía estar más cerca de la naturaleza y experimentar cosas que se olvidaban en el ajetreo de las grandes ciudades. Respiró profundamente para aspirar los olores del bosque.

Por un corto período de tiempo no tenía que preocuparse de su madre, ni de llegar a fin de mes, ni de tener sueños perdidos hacía mucho tiempo...

Fue una sorpresa ver que estaba disfrutando de aquella experiencia.

Tres horas más tarde Heather estaba agotada. Sus hombros le quemaban con el peso de la mochila. Pero no iba a rendirse el primer día.

Cruzaron un arroyo balanceándose encima de piedras. Ella casi se cayó una vez.

—Acamparemos aquí esta noche —dijo Hunter.

Heather casi grita de alegría al saber que pararían.

—John, Bill, ¿por qué no encendéis un fuego para la cena? Heather y Peter pueden ir a buscar leña. Jess, tú trae el agua y ayúdame a buscar un lugar para poner las tiendas de campaña —ordenó Hunter. Nadie discutió su autoridad.

—Ven, muchachita, verás cuánta leña encontramos —le dijo Peter a Heather.

Resignada a tener que estar con Peter, Heather lo siguió. Afortunadamente, Peter actuó como si ella no tuviera nada en la cabeza. Le señaló dónde había leña, le dijo que recogiera la que pudiera y que no se preocupase si no podía cargar tanta como él, pues nadie iba a esperarlo de ella.

Heather recogió la leña y volvió al claro. No aguantaba la verborrea de Peter, pero no era capaz de decirle que se callara como lo había hecho Jess.

John y Bill encendieron el fuego. La tarde se estaba yendo rápidamente, y al ponerse el sol bajaron las temperaturas.

—Ya es suficiente —dijo John cuando la vio traer más leña—. Tendremos fuego toda la noche con la leña que habéis traído —señaló.

Ella corrió a su mochila y buscó un jersey grueso que había dejado arriba.

—¿Estás bien? —preguntó Jess cuando pasó por su lado con una de las tiendas de campaña.

—Sí.

—Sé que no es asunto mío, pero creo que deberías recapacitar sobre tu idea de dormir al aire libre. El rocío moja los sacos de dormir. Te quedarás helada. La tienda te aísla del rocío y se agradece el calor de otro ser humano.

—¿Puedo compartirla contigo? —preguntó ella de repente.

Jess miró a Hunter, algo alejado de ellos, levantando otra tienda.

—Sí, claro. Yo no busco lo mismo que Peter.

—Me alegro —sonrió ella—. No veo la hora de meterme en el saco y dormir hasta el amanecer.

—El primer día es duro. El segundo es más duro. Luego se hace más llevadero.

—Lo recordaré.

—Jess, ¿tú estás ayudando o hablando? —gritó Hunter desde lejos.

Heather podía ver su gesto de enfado.

—Me está dando unos consejos, simplemente —gritó ella—. Gracias, Jess —Heather volvió al ruego. —¿Qué hay que hacer ahora? —preguntó al acercarse.

Heather intentó no estar cerca de Hunter. Llevó sus utensilios y uno de los paquetes de comida y lo preparó según las instrucciones. Los espaguetis estaban deliciosos, y se comió hasta el último bocado. Luego bebió agua del arroyo que habían hervido por precaución.

Los hombres estaban conversando amistosamente, compartiendo sus historias sobre las acampadas que habían hecho. John Murden era el que tenía más anécdotas.

Heather sabía que le gustaba ir de camping, y era muy eficiente

en la organización de las cosas. Pero además Heather se rió de algunas de sus anécdotas.

Cuando se hizo de noche ella había terminado de lavar los utensilios y estaba lista para irse a dormir.

Tenía que hacer uso del aseo que le brindaba la naturaleza antes de irse a dormir.

Se alejó y buscó un sitio donde no la vieran, y apagó la linterna cuando lo encontró.

Jess había levantado una tienda de campaña a cierta distancia del fuego. Ella agarró su mochila y se dirigió allí.

Pero Hunter se levantó y fue hacia ella.

—¿Adonde vas? —preguntó mirando su mochila.

—A dormir. Nos levantaremos al amanecer, ¿no es verdad?

—Nuestra tienda de campaña está allí —se la señaló.

«¿Nuestra tienda?», pensó ella. Pero no se conmovió.

—Gracias, pero Jess me ha dicho que podía dormir con él — Heather empezó a moverse en dirección a la tienda de campaña.

Hunter la detuvo agarrándole el brazo.

—No vas a dormir con Jess Townsend.

Ella se soltó.

—Con quien duermo no es asunto tuyo.

—¿Estáis enrollados?

—Lo he conocido hoy. Como a los otros. Pero él parece el menos amenazador de todos.

—No te dejes engañar por su aspecto de niño bueno. Jess es tan hombre como los demás.

—¿De qué estás hablando?

—El único hombre inmune a tus encantos soy yo —dijo Hunter —. Quédate con quien conoces.

—Actúas como si yo fuera una mujer fatal. Voy a meterme en el saco y me voy a dormir. Eso es todo.

—El calor se conserva más si te quitas la ropa. ¿Piensas desvestirte con Jess en la tienda?

Heather frunció el ceño. Recordó que el dependiente le había dicho que se quitase los vaqueros para dormir, pero en aquel momento no le había prestado mucha atención. Seguramente, estaría más caliente con más ropa, pensó para sí.

—No pienso quitarme la ropa.

—Tendrás frío si no lo haces —dijo Hunter.

—Ya me las arreglaré.

Hunter pareció querer decir algo más, pero se calló.

—Como quieras. Buenas noches —respondió Hunter, y se alejó hacia la fogata.

Heather volvió a la tienda de campaña. Pensó que Jess no había coqueteado con ella. Parecía haberla ignorado casi todo el tiempo. O ignorar a todo el mundo, ahora que lo pensaba.

Heather miró a Hunter. Estaba calentándose en el fuego.

Metió la mochila en la tienda y luego entró ella. A los cinco minutos estaba dentro del saco de dormir. El colchón inflable fue un placer para su espalda. Y se quedó dormida enseguida.

Heather se despertó con el canto de los pajaritos. Sonrió. A lo lejos sonaba el agua del arroyo, una música de fondo perfecta.

No se había levantado nadie.

Abrió la cremallera del saco con suavidad para no despertar a Jess. Miró para asegurarse de que seguía durmiendo. Se quedó helada al descubrir los ojos grises de acero de Hunter.

Capítulo 3

—¿Qué haces aquí?

—Despertarme antes de lo que hubiera querido, evidentemente —Hunter se incorporó, y el saco se deslizó dejando al descubierto sus hombros bronceados.

Ella desvió la mirada antes de que la asaltasen los recuerdos de otras mañanas en que se habían despertado juntos.

—Voy al retrete—dijo ella, quitándose el saco de dormir y poniéndose una bota—.

¿Qué ha pasado con Jess?

—Nos cambiamos las tiendas.

Con mano temblorosa, Heather abrió la tienda.

—Enciende el fuego cuando termines —le dijo él.

Ella asintió, deseando ser capaz de hacer una tarea tan simple.

Buscó pañuelos de papel en la mochila, se puso una chaqueta y salió.

Minutos más tarde se lavó las manos y la cara con agua fría. El frío de la montaña se sentía más con las manos mojadas.

Le llevó seis intentos, pero al final consiguió encender el fuego. Alzó la mirada, orgullosa, y vio a Hunter salir de la tienda y caminar hacia la hoguera.

—¿Quieres que vaya a traer agua para hacer café? —le preguntó Heather cuando llegó.

Quería tratarlo con la misma normalidad que a John o a Jess.

—Iré yo —respondió Hunter. Agarró un cubo pequeño y se marchó.

Se sentó frente a ella cuando volvió, balanceando el cubo encima de las llamas.

—Creí que estarían levantados los otros. Si no se despiertan pronto, los tendré que despertar —comentó.

Ella asintió. Hubo un silencio. Heather no sabía qué decir. Levantó la vista y se encontró con que él la estaba mirando.

—¿Cómo te has metido en el mundo de la publicidad? ¿No querías ser maestra?

—No pude seguir estudiando. Mi madre se pasó varios años recuperándose. Mi tío es el dueño de la agencia. Él me llevó a

trabajar con él. Pero sigo allí porque soy buena.

—Mmm... —fue la respuesta.

Hunter estaba muy atractivo aquella mañana. Tenía sombra de la barba de un día, el cabello levemente despeinado, y ella sintió ganas de tocarlo. Pero tragó saliva y desvió la mirada, tratando de borrar el sentimiento de anhelo.

Miró el agua, deseando poder relajar la tensión entre ellos. Había sido ella quien se había marchado. Le debía una disculpa al menos.

—Hunter, yo...

—Eh, pensé que sería el primero en levantarme... Debí saber que no podía ganarte, Hunter —dijo Peter, cruzando el médano—. El día está bueno —se frotó las manos, ignorando a Heather—. No veo la hora de empezar la marcha. Eso es lo bueno de hacer tu publicidad, que podemos combinar el placer con los negocios.

Heather miró un momento a Hunter. Estaba segura de que él había intuido que ella le iba a decir algo importante. Pero él desvió la mirada.

—Hoy subiremos más. Hay algunas cuestas muy empinadas. Cuanto antes nos levantemos y desayunemos, antes podremos empezar a andar.

Cuando aparecieron los otros, Heather se quedó en un segundo plano. Los hombres parecían encontrarse bien conversando entre ellos. Y ella se sentía un poco marginada.

Tuvo tiempo de hacer algunas anotaciones en su bloc antes de levantar el campamento por completo. Quería escribir sus impresiones del viaje y apuntar algunos aspectos curiosos que podrían servirle para Triáis West o para cualquier otro cliente alguna vez.

Hizo una pausa en su escritura, y alzó la mirada para buscar mentalmente la palabra que buscaba. Pero se encontró con los ojos de Hunter. Y sintió como si él la hubiera tocado. Volvió a sentir aquel anhelo. Pero no podía dar marcha atrás en el tiempo. No podía cambiar la vida. Pero ¿podrían alcanzar cierta neutralidad?

John se unió a Hunter aquella mañana cuando empezaron a andar. Heather se quedó atrás. Peter y Bill habían estado antes con Hunter, y ahora le tocaba a John.

¿Le tocaría a ella después? ¿Hablarían de negocios? ¿O se

atrevería ella a explicarle lo que había sucedido hacía mucho tiempo?

Como habían dicho, la marcha fue más dura. Tuvieron que trepar agarrándose a rocas y a árboles porque era un terreno muy escarpado. Hunter y John no tuvieron problemas, pero ella esperaba que Hunter no se hubiera dado cuenta de su torpeza, algo difícil, puesto que cada vez que lo miraba él tenía sus ojos en ella.

Hunter se detuvo y estudió la ladera.

—Alan me dijo que ésta es una de las zonas más duras de todo el camino. Una vez que hayamos pasado esto, será mucho más fácil escalar —miró al grupo—. Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Heather se preguntó si aquello sería una prueba. Miró el muro de roca delante de ellos. Parecía perpendicular a primera vista, pero mirándolo detenidamente se veían ondulaciones en la superficie. Si atravesaban la cara de la montaña, no sería imposible.

—Parece una huella —dijo John.

—Probablemente la huella de un animal. Y si puede subir un ciervo, nosotros también —dijo Peter—. ¿Queréis que vaya primero?

Hunter agitó la cabeza.

—No. Iré yo. Cuando esté arriba, tiraré una soga para subir las mochilas. No tiene sentido subir cargándolas. Es una pena que el camino de la huella no suba. Pero podemos usar una soga como guía —dijo Hunter.

Enseguida llegó a la cima del acantilado. Tiró una cuerda y fueron subiendo una a una las mochilas. Cuando terminó, los animó a subir.

—Yo seré el próximo —dijo Peter.

Siguió el camino de Hunter. Se resbaló un par de veces, pero se agarró a una roca y evitó la caída.

Bill lo siguió. Se resbaló en el mismo lugar que Peter.

—Tened cuidado ahí —gritó al llegar arriba—. La roca está muy resbalosa.

—Es una pena que no puedan tirarnos una soga para que subamos —comentó John.

—Te veré arriba —dijo Jess preparado para subir.

Heather se puso más nerviosa, observándolos.

Jess llegó al lugar resbaladizo. Logró pasarlo. Pero en el

siguiente no tuvo tanta suerte y se resbaló hasta perder el equilibrio por completo y caer sobre un costado, golpeándose contra el terreno llano donde estaban Heather y John.

—¡Oh, Dios! —dijo ella, yendo hacia él.

Jess rodó y se incorporó, agarrándose la pierna izquierda.

—¡Qué dolor! —exclamó.

—¡Quédate quieto! —Heather y John se acercaron al mismo tiempo.

—¿Te has roto una pierna? —preguntó John.

—La pierna, no. Es posible que el tobillo. No sé si está roto o sólo me lo he torcido, pero me duele muchísimo —se quejó Jess. Estaba pálido, y se estaba sujetando el tobillo.

Heather se arrodilló a su lado y le tocó el tobillo a través de la bota.

—Sea como sea, se te va a hinchar. Creo que deberíamos quitarte la bota cuanto antes y ponerte algo frío. Es una pena que ya no estemos cerca de aquel arroyo.

Estaba helado.

Hunter se acercó a ellos. Heather lo miró, sorprendida. No lo había visto descender.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Jess.

—Aguantando.

Heather movió su bota suavemente.

—No soy médico, pero he hecho un curso de primeros auxilios, y creo que no se ha roto nada. De todos modos, tiene que hacerse una radiografía para confirmarlo.

Tengo un botiquín en mi mochila.

—He traído el mío —dijo Hunter, dándole una caja de plástico.

Heather le vendó el tobillo.

—Hace falta algo frío para que no se le hinche demasiado.

—Diré a los hombres que están arriba que busquen un arroyo. El agua de esta zona tiene que estar helada —dijo Hunter.

—Gracias —respondió Jess, y se apoyó en un árbol. Seguía muy pálido—. Tened cuidado cuando subáis ese tramo, es como caminar sobre mármol encerado.

Heather asintió.

—Esto seguramente me impide seguir con la expedición —dijo Jess a Hunter.

—Llamaremos a Protección Civil para que vengan a buscarte y te lleven a un hospital. Luego veremos qué hacemos —respondió Hunter—. John, ve a contarles a los otros nuestros planes. Diles a Peter y a Bill que busquen un arroyo y que nos traigan un poco de agua fría. Mientras tanto... —buscó en su bolsillo y sacó un teléfono móvil. Intentó usarlo sin resultado—. No tiene cobertura aquí. Tendré que alejarme hasta que tenga señal. Heather, quédate con Jess. Haz lo que puedas para que se sienta bien.

Eran casi las cuatro cuando llegó la patrulla de Protección Civil.

Pusieron a Jess en una camilla y lo llevaron hasta dónde había aterrizado un helicóptero. El grupo lo acompañó hasta que vieron que se hacían cargo de Jess.

Cuando estaban a punto de llevárselo, Jess llamó a Heather. Ella se acercó.

—Es una pena que no hayamos compartido la tienda. Ya que mi empresa no conseguirá el contrato, espero que tú lo consigas. Podríamos hacer alguna campaña juntos.

Ella le sonrió y tocó su hombro afectuosamente.

—Es una buena idea. Cuídate.

Hunter vio a Jess decir algo en privado a Heather, y que ésta sonreía. Apartó la mirada. Lo irritaba el hecho de que no pudiera quitársela de la cabeza. Si Jess se hubiera quedado con ellos, le habría advertido que no confiara en ella. Heather le había prometido estar con él toda la vida y se había marchado a los tres meses.

O quizás sólo lo hubiera hecho con él. Aunque no creía que Heather se hubiera vuelto a casar. No llevaba alianza, ni marca de que la hubiera llevado. Él todavía conservaba la alianza que le había comprado a Heather. Era una tontería que la conservara. Se desharía de ella en cuanto volviera. ¿Por qué la había conservado todos esos años, sabiendo que ella no iba a volver?

No quería más accidentes, así que advirtió a los demás que tuvieran cuidado al subir el acantilado nuevamente. Heather siguió sus instrucciones cuidadosamente.

Sintió pánico cuando se resbaló cerca del lugar donde se había caído Jess. Pero llegó a la cima sana y salva.

Acamparon en un claro no muy lejos del acantilado. Era muy tarde como para llegar al sitio en el que habían planeado acampar

originalmente.

No había agua, excepto la que llevaba cada uno de ellos.

Mientras Heather preparaba la cena, Hunter le dio la tienda de campaña que le había dejado Jess.

—Tienes una tienda para ti sola esta noche.

—Gracias —Heather miró la tienda y sonrió. No quería confesarle que no sabía cómo diablos ponerla.

Pero él lo sospechaba, no obstante.

—¿Te has tomado la molestia de aprender a levantar una tienda antes de venir a este campamento?

—En realidad, pensaba que el producto tendría instrucciones claras hasta para una novata. Sería una gran propaganda para el producto.

—Muy lista... —respondió él, dándose la vuelta.

Al rato volvió con un papel.

—Aquí tienes —dijo.

Heather siguió las instrucciones y pronto tuvo la tienda en pie.

—Felicita a los colaboradores que escriben las instrucciones. Son muy claras y fáciles de seguir —comentó ella.

—Has cambiado, Heather —dijo Hunter.

Inmediatamente ella se puso a la defensiva. Debía pedirle perdón en aquel momento, se dijo.

—Siento el modo en que me fui. Estaba destrozada y confusa. No debí haber dicho las cosas que dije. Pero me sentía tan culpable...

—Es agua pasada. Hace mucho tiempo de eso. ¿Está bien tu madre?

—Está en silla de ruedas y necesita muchos cuidados, pero está bien, teniendo en cuenta sus limitaciones.

Heather esperó que le preguntase si ella estaba bien, pero Hunter no lo hizo.

Apenas asintió y volvió al fuego.

Gracias al accidente de Jess, la marcha de la tarde había sido bastante corta.

Heather no estaba tan cansada como la noche anterior, pero igualmente decidió irse a dormir pronto.

Se fue con su mochila a la tienda y se puso a escribir con la luz de su linterna.

Luego la apagó y se acomodó.

Le costó dormirse. No podía dejar de pensar en Hunter, en aquella mezcla entre el joven al que recordaba y el hombre fuerte que dirigía una expedición.

Hunter venía de una familia de escasos recursos. Cuando la fábrica en la que trabajaba su padre había cerrado, les había costado mucho sobrevivir. Su madre se había marchado poco tiempo después. Él había visto los estragos que podía causar la pérdida del trabajo, y le había jurado a Heather muchas veces que aquello no le pasaría a él.

Con determinación y un monumental esfuerzo había podido estudiar. Las becas no le habían alcanzado, pero trabajando y consiguiendo buenas notas había logrado sus objetivos. Ella siempre lo había admirado. De pronto, se dio cuenta de que la historia de su madre se había repetido en su vida: su madre lo había abandonado y su esposa también, del mismo modo que su madre había dejado a su padre.

Heather pensó que no le habría extrañado que Hunter no hubiera confiado más en una mujer.

¿Tendría alguna relación? Lo fascinaba el Hunter de hoy. Era un líder. Había resuelto el problema con Jess con serenidad y eficiencia. Y en ningún momento te había dicho a Jess que había sido tonto por caerse. Además, tenía una voz profunda y sensual.

Heather se reprochó aquellos pensamientos... Lo había echado mucho de menos al principio de la separación. Pero no había querido atarlo a una suegra inválida y a una esposa que tenía las lealtades tan divididas. No había habido esperanzas de una rápida recuperación de su madre. Y ella no había querido condenarlo a aquella situación.

Era admirable cómo había prosperado Hunter, levantando una empresa como Trails West. Y ella deseó haber sido parte de aquel proyecto desde el principio.

Pero la vida era como era. Su madre la necesitaba. Se preguntó si ésta habría aceptado que ella tuviera una vida propia. Sabía que al principio había sido imprescindible. Pero ¿ahora lo seguía siendo?

Intentó dormirse y no soñar con Hunter.

Se despertó tarde al día siguiente. No había dormido bien. Los

demás ya se habían levantado, los oyó reír y hacer ruido con utensilios.

Se vistió rápidamente. Aquél era el día que supuestamente tendría que pasar un rato a solas con Hunter, puesto que Jess no estaba y era el único que no había hablado con él sobre estrategias de publicidad para Trails West. Intentaría hacer todo lo posible por estar a la altura de la situación y defender su proyecto.

Cuando empezaron a andar, Peter se puso al lado de Hunter. Si se hubiera tratado de otra persona, lo habría dejado pasar, y habría evitado enfrentarse a su ex marido.

Pero Peter la irritaba.

—Creo que me toca a mí hablar con Hunter hoy —dijo Heather, acercándose a ellos.

El camino era estrecho, y tenían que caminar en fila india. Pero donde pudiera caminar a su lado, lo haría, se dijo Heather.

—Creí que conversarías con él en un descanso.

—No me alcanzan diez minutos —protestó Heather.

Sabía que Hunter no se pondría de su parte. Pero tenía que defender su empresa.

—Adelante, señorita, todo tuyo. Tengamos la fiesta en paz.

—Por supuesto... —dijo ella.

Era imposible imaginar qué escondía Hunter detrás de su expresión. ¿Estaba enfadado o le hacía gracia?

Heather intentó alcanzarlo cuando él se adelantó. En una curva, Hunter se detuvo de repente y ella se chocó con él. Éste le agarró los brazos para sujetarla. Ella lo miró a los ojos, grises oscuros. Tenía pequeñas arrugas a su alrededor, como si durante su vida se hubiera reído mucho. Estaba bronceado y su mandíbula tenía expresión de firmeza. Ella sabía que era muy obstinado. Lo había demostrado en aquellos tres meses que habían estado juntos. Heather le miró los labios, ni demasiado finos ni demasiado gruesos. ¿Estarían fríos o tibios?, se preguntó. Involuntariamente, se lamió los labios. Y deseó que la besara para comprobarlo.

—¿Por qué te das tanta prisa? ¿Para recuperar el tiempo perdido ayer? —le preguntó Heather.

—Para alejarme de los demás. Querías hablar conmigo... Empieza. No tardarán en alcanzamos —la soltó y empezó a caminar otra vez—. Dime por qué tu agencia puede interesarme más que

ninguna. Queremos una agencia que cumpla lo que nos promete.

—Jackson & Prince siempre cumple lo que promete —ella sabía que él le estaba reprochando su pasado—. Hunter, siento mucho cómo terminó nuestro matrimonio.

Si pudiera cambiar el pasado, lo haría. Cometí un gran error. Eso no excusa el modo en que me comporté, pero espero que me perdones. Y por favor, no tomes en cuenta aquello para ponerte en contra de la agencia a la que represento. Tenemos ideas muy buenas para Trails West. Y creo que te interesa escucharme.

—¿Qué le parece a tu familia que quieras conseguir la publicidad de mis productos?

—No saben nada sobre nuestro matrimonio.

—¿Qué? —se detuvo y la miró—. ¿Qué quieres decir?

—No se lo he dicho a nadie.

—¿Ni a tus padres?

Ella agitó la cabeza.

—Creí que me habías dicho que tu padre estaba enfadado por la boda y que era por ello que tus padres no habían querido venir a nuestra boda.

—Intenté decírselo en Navidad. Pero se negaron a escucharme. Insistieron en que me olvidara de esas tonterías y que me concentrase en mis estudios. Ellos hicieron muchos sacrificios para mandarme a la universidad y no querían que malgastase el dinero distrayéndome con una tontería —Heather reprimió sus ganas de llorar.

Ella había querido compartir con sus padres su mayor alegría, y ellos se habían negado a escucharla.

Después del accidente, ella se había dado por vencida en cuanto a sus sueños.

—¿Una tontería enamorarse? ¿No estaban casados y se amaban?

—Lo habían pasado mal de recién casados. La educación era importante para ellos. Querían que terminara de estudiar antes de que me involucrase en una relación con alguien.

—Pero no lo lograste, ¿verdad?

—Hunter, no puedo cambiar el pasado. Sólo puedo decirte que lo siento.

—Es un poco tarde.

Caminaron en silencio. Heather recordó el deseo que la había

envuelto siempre que estaba con él. La electricidad que había entre ellos. Habían pasado diez años, pero parecía ayer.

—¿Tiene algún sentido que yo continúe este viaje? —preguntó Heather—. ¿Tiene alguna posibilidad mi agencia de conseguir tu publicidad? Dime qué tengo que hacer, y haré todo lo que pueda. Si no lo consigo, al menos lo habré intentado. Sé que no quieres que esté aquí. Yo tampoco querría estar aquí. Si hubiera sabido que vendrías a la excursión, no habría venido. ¡Así que será mejor hablar claro!

Capítulo 4

Hunter se detuvo. La pregunta lo tomó por sorpresa. Ella no comprendía por qué.

Si era reacio a que ella trabajase con él era ridículo que la hiciera quedar toda la semana.

—¿Te echas atrás a la primera dificultad? —preguntó Hunter.

Él no quería tomar la decisión basándose en el pasado. No quería que sus sentimientos interfiriesen en su negocio.

—En absoluto —dijo ella, alzando la barbilla.

Él recordó aquel gesto de Heather cuando se veía en dificultades. Eso no había cambiado. ¿Qué más no había cambiado? ¿Le seguiría gustando tomar una taza dé chocolate antes de ir a la cama?, se preguntó.

Habían salido varios meses, se habían casado y habían vivido juntos tres meses.

¿Cuánto más la habría podido conocer? ¿Cuánto más le habría costado olvidarla si hubieran estado más tiempo juntos?

Jamás la había olvidado. Había aprendido la lección: Su madre se había marchado en la primera crisis y Heather lo había dejado para volver con su familia. Y él se había prometido no volver a casarse, y no volver a esperar nada de una mujer. Era mejor no tener ninguna relación que resultar herido.

El camino se hizo más escarpado. Si no recordaba mal las explicaciones de Alan, más adelante había un terreno bastante difícil. Pero el resto del camino era fácil.

Había incluso un guardabosques cerca del punto donde pararían aquella noche. Se preguntó si se acercarían e invitarían al encargado a cenar con ellos. Él quería llegar a tiempo adonde tenían planeado acampar, pero no sabía si los otros estaban dispuestos a darse prisa. Sobre todo Heather. Aunque ella no se había quejado para nada y había hecho la marcha como los demás.

—¡Hunter!

Hunter la miró.

—Contesta la pregunta.

—Trails West tendrá en cuenta a todas las agencias que participan en esta excursión. Sobre todo a las que terminen la

marcha. Pero los proyectos publicitarios y la ideas jugarán el papel principal en nuestra decisión —se detuvo y la miró—. ¿Por qué no me cuentas las ideas de Jackson & Prince?

Heather se sorprendió por aquella invitación. Hubiera deseado sentarse tranquilamente y conversar. Caminar y charlar a la vez le sería difícil, puesto que tenía que prestar atención al terreno. Pero tenía que contentarse con ello.

Hunter se acercó y aunque ella evitó mirarlo, se sintió dominada por su presencia.

—Tus pestañas son naturales —comentó Hunter.

Ella se sorprendió por aquel comentario, e involuntariamente lo miró a los ojos.

Por un momento se quedó inmóvil. Le costaba respirar. Hunter la tenía inmovilizada con su mirada.

Heather apartó sus ojos y los fijó en el camino.

—Por supuesto que son naturales. ¿Qué te piensas? ¿Que me voy a poner pestañas postizas para hacer senderismo? No he traído nada de maquillaje.

—Algunas mujeres no irían a ninguna parte sin maquilarse.

—Yo no soy una de ellas. Ésta soy yo al natural.

Hunter le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Oye, ésta es una excursión larga y no será fácil para ninguno de los dos. Sé que tenemos un pasado entre ambos, pero durante esta semana olvidémoslo. Yo haré el esfuerzo, si tú lo haces también.

Ella asintió.

—Te contaré nuestros planes de marketing mientras caminamos —Heather apartó la cara suavemente para no mirarlo.

Tenía que concentrarse en la publicidad.

Empezaron a caminar y ella le contó el proyecto de su agencia, de manera impersonal.

—Es una buena idea —dijo él.

Heather se alegró de que le hubiera gustado. La campaña era brillante y sabía que aumentaría sus ventas en aquella zona.

Satisfecha por haber hecho todo lo que estaba a su alcance, Heather se relajó.

Miró a Hunter. Era grande y atlético. No tenía un gramo de grasa. Sintió deseos de tocar su pelo oscuro despeinado por la

brisa…

Apartó la mirada. No quería fantasear con su antiguo esposo, sino conseguir la campaña para su agencia. Sabía que tenía escasas posibilidades, pero pelearía por ello.

El camino se abrió y fueron a dar a un paisaje espectacular de cumbres de montañas y laderas cubiertas de vegetación.

Heather paró para admirar el paisaje y respirar profundamente.

—¿Hunter? —lo llamó.

Cuando Hunter se dio la vuelta tenía el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Puedes sacar la cámara de mi mochila? No quiero quitármela y ponérmela de nuevo.

—No estamos aquí para hacer fotos —se quejó él—. ¿Dónde están los otros?

—Nos hemos adelantado bastante, por si no lo recuerdas. Estoy segura de que estarán aquí enseguida. La cámara está en el bolsillo de arriba —se dio la vuelta y sintió que Hunter estaba abriendo el bolsillo.

Le dio la cámara.

—No te tomes todo el día.

Ella asintió, concentrándose en el paisaje.

Una foto no haría justicia a la belleza de las montañas, pero ayudaría a recordarlas.

Al rato llegó Peter.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Hunter.

—Bill ha parado como una docena de veces. Está descompuesto. John está con él

—miró a Hunter y a Heather con curiosidad—. ¿Todo bien aquí?

Hunter asintió.

—¿Vamos a descansar? Yo puedo seguir… —dijo Peter.

—No pensaba proponer un descanso. Heather quería tomar unas fotos. Será mejor que esperemos a John y a Bill —Hunter se quitó la mochila y la dejó a un lado del camino.

Heather tomó otra foto, y luego se quitó la mochila. El alivio fue instantáneo.

Estaba disfrutando de la marcha más de lo que había esperado, pero aún le costaba adaptarse a aquel peso. Y si hubiera podido elegir, no habría elegido unas vacaciones haciendo marcha.

—¿Comió algo que le hizo mal Bill? —preguntó Heather.

—No lo sé —respondió Peter—. ¿Habéis ido de caza alguna vez?

Peter les contó su última cacería. Heather se alejó para no escucharlo. A ella no le gustaba la caza. Una cosa era matar para comer y otra por deporte.

Se sentó en una piedra y los observó. Hunter cada tanto miraba en dirección a ella.

¿Querría que lo rescatase del aburrimiento de Peter?

—Peter, siento interrumpirte, pero no me gustan las historias de animales muertos. Cuéntame cómo habéis empezado tú y tus socios. He oído hablar de tu agencia, por supuesto, pero no sé nada de ella, excepto que tiene éxito. Estoy segura de que a Hunter le interesará también.

Esto último era lo que convencería a Peter, por supuesto.

Peter empezó y no paró.

Hunter se sorprendió por aquella intervención de Heather. Desconectó de las palabras de Peter y observó a Heather. Le extrañaba su interés en la historia de Peter.

Aparecieron Bill y John. Bill estaba pálido.

—Estamos descansando un rato. Siéntate antes de que te caigas.

John ayudó a Bill a quitarse la mochila.

—No se encuentra bien, Hunter —le explicó John. Creo que debería descansar un rato y beber mucho líquido. Se está deshidratando.

—¿Qué te ocurre?

—Me siento muy mareado —dijo Bill, apoyándose en su mochila.

—¿Quieres que pida que te vengan a buscar en helicóptero? —le preguntó Hunter.

—No. No te molestes. Se me pasará pronto.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —le preguntó Hunter, agachándose al lado de él.

—Ya no me sentía muy bien cuando empezamos a andar. Pero creí que se me pasaría con el aire fresco.

Heather dejó a Peter y se acercó al grupo.

—¿Qué sucede?

—Bill se encuentra mal. Tiene el estómago revuelto —dijo John.

—Tengo algo para eso —respondió Heather, y corrió a su

mochila. Volvió con una medicina—. Esto le aplacará los síntomas. Pero si sigue mal, hará falta un médico.

Hunter se levantó.

—Voy a pedir asistencia médica —dijo.

—No hace falta. Puedo seguir.

—¡Eh, chico! Esto no es Supervivientes. La idea de marketing era que conocierais nuestros productos, no una prueba a ver cuál de los hombres aguanta más.

—Hombre o mujer —agregó Heather.

Hunter la miró, pero ignoró su comentario.

—Necesitas ayuda. Descansa y luego veremos cómo te encuentras. Hay un guardabosques cerca. ¿Puedes caminar hasta él? Habrá algún modo de sacarte de allí

—siguió diciendo Hunter.

—Puedo seguir. El malestar va y viene. No quiero entorpecer a nadie —dijo Bill.

—A ver cómo te encuentras después de que te haga efecto la medicina —le dijo Heather—. A lo mejor, con eso se te pasa.

Heather se sentó al lado de Bill.

Jess ya no contaba, y ahora Bill se encontraba mal. Pero Hunter había dicho que no ganaría el que durase más.

De pronto se le ocurrió que debía demostrarle que ella era una profesional y que quería el contrato. Hunter no tenía una imagen muy buena de ella, así que tendría que demostrarle que se equivocaba. Lo había abandonado. Pero ella se había hecho cargo de su madre y jamás la había dejado.

¿Qué pensaría Hunter de ella si supiera lo difícil que había sido su situación? Ella no había querido atarlo. Sabía lo importante que era para Hunter seguir estudiando.

Para él era el único modo de no someterse a decisiones de otros que pudieran tener un impacto sobre su vida familiar.

Ella no había querido atarlo a una esposa que no pudiera trabajar por cuidar a su madre, y a unos gastos excesivos en medicinas. Todo eso habría terminado con sus estudios.

Después de marcharse, cuando vio que pasaba el tiempo y que él no se había puesto en contacto con ella, Heather había pensado que había tomado la decisión correcta. Pero aún le dolía la soledad de esos años. Muchas veces había deseado que apareciera Hunter en su

casa de Seattle y que le propusiera seguir juntos.

Pero Hunter no había ido. Unos impersonales abogados se habían encargado de su divorcio. Nadie de su familia se había enterado de que ella tenía el corazón roto. Ella había sufrido por la pérdida de su padre y de su matrimonio al mismo tiempo.

Una hora más tarde, Bill dijo que se sentía mejor. Agradeció a Hunter el descanso y a Heather la medicina, y se dispusieron a seguir. Peter fue delante con Hunter.

—Si no consigue el contrato no será porque no lo haya intentado —dijo John.

—Creo que por el contrario, se está cavando su foso. ¿Te imaginas lo que puede ser trabajar con él durante años?

Bill sonrió y dijo:

—No. Pero yo no estoy haciéndolo muy bien.

—Hunter no nos juzgará por nuestra habilidad para no enfermarnos —dijo Heather.

El camino empezó a tener curvas y a hacerse escarpado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bill.

—Me dijo que no se trataba de elegir al hombre que aguantase más.

—Hombre o mujer —dijo John.

—Exactamente. No obstante, espero llegar hasta el final.

—Probablemente. Pero no estoy seguro de que te elija a ti para la campaña —dijo John, serio.

—¿Por qué no?

—No creo que Hunter sea un hombre al que le guste mezclar los negocios con el placer.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Si te fijas en el modo en que te mira a veces, te darías cuenta de que lo que le interesa de ti no es la campaña. Me parece que tiene un interés personal.

Heather se sorprendió.

—¡Imposible! —respondió. Si hubiera sabido la historia entre ellos, no opinaría lo mismo, pensó ella.

—¿Eso crees? —preguntó Bill, mirándolos, sorprendido.

John asintió.

Heather agitó la cabeza y se marchó. No sabía si contarle a John su historia con Hunter para que comprendiera lo que ocurría.

Pero decidió que su vida privada no era asunto de nadie.

Heather sacó varías fotos. John y Bill la habían adelantado y ella se había quedado sola en el camino.

El silencio era maravilloso. Miró el bosque y se alegró de que hubiera un camino bien definido para seguir.

—¡Heather! —exclamó Hunter que apareció ante su vista.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo? No te quedes rezagada o tendré que enviarte con Bill. No quiero que te pierdas.

—Sabía cómo volver al camino. Sólo voy uno o dos minutos por detrás de John y Bill.

—Estás a más de quince minutos del resto del grupo.

—¿Sí? —el tiempo pasaba más rápido de lo que pensaba.

Hunter extendió la mano para que le diera la cámara.

—Dame eso. No tenemos tiempo de jugar. Nos están esperando. Bill no está muy bien. Quiero llegar al guardabosques y ver si podemos hacer algo para que lo vengan a buscar.

Heather agarró fuertemente la cámara.

—No tomaré más fotos, pero no me quites la cámara.

—Muy bien, pero de ahora en adelante, me avisarás cuando quieras parar.

Pararemos todos o ninguno.

—¡Sí, señor! —exclamó ella irónicamente como si fuera un soldado frente a un superior.

Heather caminó en silencio. Hunter tenía razón. Una persona podía hacerse daño estando sola y causar mucho retraso.

La expedición se había malogrado desde su punto de vista. Primero con la aparición de Hunter, y luego con la baja de Jess y el malestar de Bill.

¿Terminaría Hunter con aquella marcha o seguiría hasta el final?

Pero Hunter era muy cabezón. No se daría por vencido.

Cuando llegaron al sitio donde los otros estaban descansando, Heather guardó la cámara.

Se sentó junto a Bill.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Sí.

Heather no le creyó. Tenía mala cara. Ella miró a Hunter. Éste la

estaba mirando.

Lo llamó con la mano.

—Bill no está bien —le dijo en voz baja Heather cuando Hunter se acercó.

—Eso me parece. Si puede llegar hasta el guardabosques, lo dejaremos allí. Con una carretera cerca y transporte, podrá verlo un médico.

—¿Vamos a seguir?

—Tú puedes marcharte con Bill, si quieres.

—No sé qué sentido tiene si la gente cae como moscas. Primero Jess, luego Bill...

La historia empezó con tu director de marketing... Este viaje es un poco gafe.

—O es más duro de lo que imaginabas, con tus uñas largas y tu vida de ciudad. Le he dicho al grupo que la elección de la agencia no depende de lo que duren en esta excursión. Si quieres marcharte, puedes hacerlo. Ya me has presentado la propuesta de Jackson & Prince.

—¡Oh! Como si me hubieras escuchado realmente —exclamó ella sarcásticamente.

—¿Insinúas que no te he prestado atención?

—Sí, Hunter. Dime, ¿hay alguna remota posibilidad de que elijas mi agencia?

Él no contestó.

—Si lo haces, podrías tratar con otro ejecutivo de publicidad —dijo enseguida Heather.

—Es pronto para decidirlo.

Ella suspiró. Quizás lo mejor fuera marcharse cuando lo hiciera Bill. Pero Hunter no era el único obstinado allí.

Hacía mucho tiempo que no salía de Seattle y estaba disfrutando del bosque y del silencio. Era agradable estar sola con sus pensamientos.

Si se quedaba, podría seguir disfrutando de todo aquello. Sintió que la abandonaba la tensión. Por primera vez en diez años, podía ser ella misma allí.

Tal vez se hiciera de algún club de senderismo cuando volviera. Sabía que su madre sería un problema para los viajes, pero lo arreglaría de algún modo.

Miró a Hunter y lo vio, una vez más, sometido al monólogo de Peter. ¿Iría a menudo de camping? Por un momento, fantaseó con que pudieran hacer excursiones juntos. Se imaginó caminando en silencio, cocinando juntos, viendo paisajes. Y luego se acostarían en una pequeña tienda de campaña... Ella recordó sus noches juntos.

Hunter levantó la vista y se encontró con los ojos de Heather. Ella pestañeó y desvió la mirada. Hunter no le habría leído el pensamiento, ¿no?

Capítulo 5

Llegaron al guardabosques por la tarde temprano. El encargado consiguió transporte para evacuar a Bill, y el grupo se despidió de él.

—Esta noche me gustaría acampar en el sitio que tenía planeado originalmente, aunque sea un poco tarde —les dijo Hunter a los que quedaban—. Tendremos que darnos prisa y hacer pocos descansos, para recuperar las horas perdidas, pero vale la pena. El sitio está al lado de un arroyo y es un lugar conocido donde se acampa.

Probablemente habrá otra gente acampando, así que no estaremos solos.

—¡Estupendo! —exclamó Peter.

—¿Qué hora es tarde para ti? —preguntó John.

—Antes de que anochezca.

John asintió.

Heather había llevado una bebida reconstituyente y buscó su cantimplora. Quería estar preparada para una marcha larga y no demorar a los demás.

Hunter la miró.

—¿Vas a seguir? Todavía estás a tiempo de irte con Bill.

—Quiero llegar hasta el final. Y a conseguir el contrato.

—¡Va a seguir! —exclamó Peter, riendo. Hunter se encogió de hombros. —Sugiero que enviemos de vuelta una tienda de campaña con Bill. De ese modo, volveremos con dos tiendas de campaña, y podremos llevarlas más fácilmente.

—Está bien —dijo Heather.

Salieron al poco rato. John y Hunter llevaban las tiendas. Peter se puso cerca de Hunter, pero lo mandaron enseguida a la cola, para que John pudiera hablar con Hunter.

—¿Piensas que tienes alguna posibilidad de conseguir el contrato? —le preguntó Peter a Heather.

—Por supuesto, las mismas que tú —no le gustaba Peter, pero trataba de disimularlo para mantener la armonía.

—Veremos qué pasa. Estoy seguro de que le gusta la propuesta que le he comentado. Hablamos el mismo idioma. No es nada personal, pero tú y él no parecéis simpatizar.

—Tú lo has dicho: ya veremos qué pasa —respondió ella.

Esperaba que Peter no le estuviera hablando toda la tarde. Quería disfrutar de la marcha. Jess se había equivocado. Aquél había sido el peor día, reflexionó Heather varias horas más tarde. Estaba agotada. Le dolían los pies, los hombros, y podría haberse dormido mientras caminaba. Tenía hambre y sed. ¿Cómo podría haber pensado que unas vacaciones haciendo senderismo podrían estar bien?

Hunter y John seguían caminando. Parecían estar tan frescos como al principio de la caminata. Peter estaba flaqueando. Se le notaba porque no hablaba.

El sol se estaba ocultando. Si no encontraban pronto el campamento, se les haría de noche.

De pronto Heather oyó voces. ¿Estarían cerca del sitio para acampar?

Subieron un monte y descubrieron un arroyo. Al lado había un fuego y tres tiendas de campaña.

No era tan pintoresco como el sitio anterior, pero ella estaba feliz de poder descansar.

Hunter conversó con las otras personas que estaban acampando, y luego escogió un lugar apartado de los otros para poner las tiendas. Mandó a Peter a buscar leña y a Heather a buscar agua.

Ella estaba tan cansada que no sabía si iba a poder hacerlo.

—¿Necesitas ayuda para quitarte la mochila? —le preguntó John.

—¡Estoy tan cansada! —respondió Heather.

—Yo también —John le desabrochó el cinturón y deslizó la mochila de sus hombros—. En cuanto comamos, me iré a la cama. Peter y Hunter pueden hacer relaciones sociales, si quieren, pero yo estoy muerto.

—Heather, ¿vas a traer el agua o a coquetear toda la noche? —le preguntó Hunter.

Ella se dio la vuelta y le quitó el cubo de las manos sin decirle una palabra, y se dirigió al arroyo. ¿Cómo se atrevía a decirle que estaba coqueteando?

Se acercó al arroyo y llenó el cubo. Recordó la advertencia de hervir el agua antes de bebería, así que no bebió. Sólo se contentó con hacerla correr por sus dedos.

Volvió donde estaba Hunter y le dio el cubo, reprimiéndose las ganas de tirárselo a la cara.

—Para tu información, no estaba coqueteando. John me ayudó a quitarme la mochila.

—Tienes que aguantar el peso que traes.

—¡Pero hombre! ¡Su mochila pesa tanto como la mía, y Heather pesa la mitad que yo! La marcha de hoy ha sido muy dura. Hasta yo hubiera agradecido una ayuda.

Hunter miró a Heather. Parecía agotada. Por un momento sintió pena. ¿Esperaba más de ella que de los otros?, se preguntó. Heather era más pequeña que los hombres, y sin embargo había hecho lo mismo que los demás. ¿Estaba buscándole defectos para descalificarla? ¿Quería rechazar a su agencia para no volver a verla o no tener que trabajar con ella? Heather le había ofrecido la posibilidad de trabajar con otro publicista, si conseguían el trabajo...

Pero él no quería otro publicista. Él quería saber más cosas de Heather, cómo trabajaba, qué ideas tenía. Cómo había sido su vida.

—Déjalo, John. Supongo que estamos todos muy cansados. Mañana, después de dormir, nos sentiremos mejor —dijo Heather, ignorando a Hunter.

—Primero hay que cenar —dijo Hunter, buscando algún modo de atraer la atención de Heather.

Ella asintió y fue a buscar la comida y los utensilios a su mochila. Peter apareció con otra carga de leña y se sentó al lado del fuego.

—La marcha de hoy ha sido muy dura. Es una suerte que lleve botas de Trails West, otras me hubieran dejado en el camino.

Hunter agitó la cabeza. Peter no dejaba de intentarlo.

Compartieron el fuego mientras preparaban la comida. Luego se sentaron en el suelo para comer. Heather estaba callada. Hunter tenía curiosidad por saber en qué estaba pensando. ¿Había sido siempre tan callada? No la recordaba así. Durante su relación siempre habían tenido cosas que decirse. Él siempre había buscado un rato de descanso en medio del estudio para charlar con ella, para besarla...

No tenía que pensar en esas cosas.

—Si me dais una tienda de campaña, la pongo. En diez minutos

estaré lista para irme a dormir.

—No ha oscurecido siquiera —dijo Peter—. Creí que íbamos a charlar con la gente del campamento… No seas aguafiestas.

La gente de los otros campamentos era simpática, y los invitaron a unirse a ellos después de la cena.

—Tú haz relaciones sociales. Yo me iré a dormir —respondió ella, imperturbable.

—Pondré la tienda de campaña mientras lavas los utensilios —dijo Hunter.

Se preguntó si a ella la excitaría la idea de compartir tienda con él. Y si habría sido por ello que él había enviado la otra tienda con Bill. Daba igual. Él se había acordado de Heather de vez en cuando durante aquellos años y aquello serviría para terminar con sus especulaciones y curiosidad.

Cuando Hunter terminó de montar la tienda, Heather apareció con su mochila.

Puso su colchón y su saco de dormir.

—No tengo nada contra las botas que fabricas, pero no veo la hora de quitármelas

—comentó Heather, metiéndose en la tienda.

Hunter se quedó mirándola, sujetando la entrada de la tienda de campaña.

—Buenas noches, Hunter —dijo Heather, cerrando la entrada de lona.

Hunter se marchó, aunque le hubiera gustado quedarse con ella en la tienda.

—¡En, Hunter! ¿Vamos a visitar a esa gente? —lo invitó Peter.

—Venid —los llamó alguien.

Heather estaba demasiado cansada como para escribir en su cuaderno de notas. Lo haría al día siguiente por la mañana.

Cerró los ojos e intentó recordar algunas ideas que había tenido aquella tarde, sobre las distintas formas de usar el equipo de camping, y sobre la ayuda que sus expertos dependientes podían dar a los novatos.

Recordó la reacción de Hunter cuando había pensado que ella estaba coqueteando con John. No la conocía realmente. Pero eso era culpa de ella, reflexionó, antes de quedarse dormida.

Heather se despertó durante la noche. Oyó el ruido de la lluvia.

Se giró y encontró el bulto de Hunter a su lado, apenas iluminado por la hoguera de fuera, que estaba casi apagada.

—Vuelve a dormir —murmuró Hunter.

—Está lloviendo.

—Se apagará el fuego. Espero que pare por la mañana.

—Creí que iba a haber buen tiempo.

—Había posibilidades de chaparrones —su voz sonaba familiar en la noche.

—Si sigue lloviendo, ¿vamos a seguir la marcha?

—Depende... Si son chaparrones, no veo por qué no. Si llueve sin parar habrá que esperar a que pare. ¿Has traído un chubasquero?

Ella asintió.

—Sí, pero está en el fondo de la mochila. Realmente no creí que lo iba a necesitar.

—Tendrás tiempo de buscarlo mañana por la mañana, si te hace falta.

—Mmmm...

Era agradable estar abrigada y seca oyendo caer la lluvia. Y estar con Hunter.

—Vuelve a dormirte.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de las cuatro.

Ella se había ido a la cama antes de las ocho. No era de extrañar que se hubiera despertado con el ruido de la lluvia. Había dormido suficientemente. Se quedó escuchando el ruido tranquilizador de la lluvia, y se volvió a dormir.

Por la mañana estaba lloviznando. Hunter se había levantado ya cuando ella se despertó. Heather se vistió rápidamente, poniéndose una camiseta más de manga larga porque había un aire frío y húmedo. Encontró el chubasquero y se lo puso.

Volvió a acomodar la mochila y salió de la tienda.

Hunter estaba junto al fuego con John. Éste estaba bebiendo café. Peter no estaba.

Heather se acercó con sus utensilios.

—¿Quieres café? —preguntó Hunter. El chubasquero de Heather le llegaba hasta por debajo de las rodillas. Tenía las manos húmedas, pero el resto del cuerpo estaba seco y caliente. Extendió su taza para que Hunter se lo sirviera.

—Supongo que con este tiempo no se suspende la marcha —comentó ella, mirando alrededor. La gente estaba recogiendo el campamento.

—Van en la misma dirección que nosotros, y querían salir temprano. Nosotros no tenemos prisa. Tenemos un camino fácil por delante. En cuanto se levante Peter, desayunaremos y saldremos. Cuanto antes lleguemos y estemos a resguardo de la lluvia en las tiendas, mejor.

—¿Sólo haces marchas con buen tiempo? —bromeó Heather.

—¿Y tú qué, flor de invernáculo? ¿Estás deseosa de pasar el día en la lluvia?

—Será muy bueno para humectar mi piel —contestó ella.

—Vosotros tenéis una historia juntos —dijo John.

Heather y Hunter lo miraron.

—No estaba seguro antes, pero ahora lo sé.

Heather miró su taza de café, sin saber qué decir.

—Estuvimos casados en la época de la universidad, y nos separamos después de unos meses. Hacía diez años que no la veía —explicó Hunter.

—¿Habéis mantenido el contacto?

—Fue una sorpresa verlo en este viaje.

—¿No sabías que dirigía Trails West?

—No. Me he enterado hace poco. Y no esperaba que viniera a la marcha.

—Creí que no me seguías el rastro —dijo Hunter, mirando a Heather.

—Y así ha sido. No lo supe hasta que fui a comprar el equipo para la marcha a una tienda de Seattle de Trails West. Había una foto tuya detrás del mostrador, junto con la de otro socio.

—¿Y por qué crees que ha sucedido esto? Debe de haber sido el destino —comentó John. Heather se rió.

—Yo no lo creo así, a no ser que se trate de mala suerte —comentó Heather evitando mirar a Hunter—. A veces hay coincidencias. Ésta es más rara que otras, simplemente.

—Es posible —contestó John. Peter salió de la tienda frunciendo el ceño al ver la lluvia.

—¿Vamos a seguir? —preguntó mientras se acercaba al fuego.

—¿Y por qué no? —respondió Hunter.

—Por la lluvia.

—Es una llovizna. Si empeora, pararemos. Si no, quisiera seguir —dijo Hunter.

Evidentemente, Peter era un senderista sólo con buen tiempo. Protestó todo el tiempo mientras desayunaba y luego recogió sus cosas. La lluvia incluso tuvo efecto en su interminable charla, pues hizo el camino en silencio.

Heather disfrutó de los olores y sonidos de la vida salvaje, sobre todo porque Peter estuvo callado. Ella tenía la cara húmeda, pero el cuerpo estaba seco y abrigado.

Miró a Hunter, que iba delante de ella. ¿Habría sido el destino que les habría dado una segunda oportunidad?

Sus propias circunstancias no habían cambiado. Las de Hunter sí, en cambio.

Había terminado sus estudios, había creado aquella empresa. Estaba establecido.

¿Quería decir eso que podía hacerse cargo de una esposa y una suegra enferma?

Heather intentó borrar aquellos pensamientos.

Ni siquiera sabía si estaba casado. Y ciertamente no había demostrado ningún interés personal en ella. Al contrario, parecía enfadado todavía.

En los últimos diez años podría haberse casado y tenido diez hijos. Pero ninguno de los dos había hablado de sus vidas privadas.

Intentó imaginárselo casado. Sintió celos. Era estúpido, pero la idea de imaginárselo con otra mujer le dolía.

Al final de la mañana la lluvia aumentó. Apenas podían ver lo que los rodeaba.

Cuando llegaron a un claro Hunter propuso parar.

—Creo que nos resguardaremos durante un rato.

—Es una buena idea —comentó John.

—He traído cartas —dijo Peter—. Podemos jugar un rato al póquer para que se pase el tiempo.

Heather agitó la cabeza.

—Jugad vosotros, si queréis. Yo no juego.

Hunter y John pusieron las tiendas de campañas. Cuando la suya estuvo lista, Hunter abrió la entrada para que entrase Heather. Ésta se quitó el chubasquero y se metió en ella. Hunter la siguió.

—No me gusta mucho el póquer —dijo Hunter, cerrando la tienda de campaña.

—Por lo menos, la tienda está seca —comentó ella, secándose la cara.

—Hoy hace más frío que ayer —Hunter se sentó, se apoyó en su mochila y la miró.

Heather lo miró también. Todo lo que tenía que decirle se lo había dicho. Ahora eran dos extraños compartiendo una tarde de lluvia.

—¿Estás casado? —preguntó ella, sorprendiéndose a sí misma. Se sintió incómoda, pero quería saberlo.

—He estado a punto de casarme un par de veces. Pero no me arriesgué. Mi madre nos dejó, y tú me abandonaste. Creo que el matrimonio no es para mí. ¿Tú te has casado?

Ella agitó la cabeza.

—La razón por la que te dejé no ha cambiado. Tengo que hacerme cargo de mi madre. ¿Qué hombre querría hacerse cargo de una esposa y su madre?

No quiso contarle que rara vez salía con nadie. Sólo asistía a algún evento social por su trabajo.

Hunter había estado a punto de casarse dos veces. Eso quería decir que había habido dos mujeres más por lo menos en su vida.

¿Con cuántas más había salido?, se preguntó ella.

Heather se miró las manos, deseando no haber preguntado. Le dolía saber que la vida continuaba para los otros y que había perdido la oportunidad de ser feliz.

Hunter sabía que sería una tarde larga. Llevaban apenas tres minutos en la tienda de campaña y ya se había arrepentido de haber parado. Miró a Heather. Su pelo estaba mojado, pegado a su cara, sus mejillas rosadas del frío. Parecía cansada. ¿Sería demasiado aquella marcha para ella?

Deseó acercarse y secarle el pelo para que no se resfriase. ¿Se quedarían sentados en silencio toda la tarde hasta que se hiciera de noche para dormirse?

Hunter extendió su colchón y su saco de dormir.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Estoy haciendo mi cama. No tengo ganas de estar sentado sobre el suelo duro toda la tarde. Y se me ocurre que la lluvia no

parará hasta que se haga de noche —se puso encima del saco de dormir cerrado.

Se quedó pensando. Heather no se había vuelto a casar. No había cambiado nada desde su perspectiva. ¿Habría sufrido mucho daño su madre en el accidente? Él no había estado en el funeral de su padre porque había tenido exámenes finales.

Heather había insistido en que los hiciera, en que terminase el semestre. Ella, en cambio, no había hecho sus exámenes para volar a Seattle.

Él no había conocido a sus padres. Heather, en cambio, había conocido a su padre en la boda. El pobre hombre todavía preguntaba por ella de vez en cuando. Y Hunter nunca sabía qué contestarle.

Hunter miró a Heather. No se había movido. Extendió la mano y le tiró de la manga, luego deslizó la mano hasta la de ella y se la apretó suavemente.

—Pon tu saco de dormir. Estarás más cómoda.

Heather lo miró. Sus dedos estaban calientes. Sintió una sensación eléctrica desde su pulgar hasta el interior de su ser. Dejó de respirar. Sintió una mezcla de sensaciones dentro de ella. De anhelos y arrepentimientos.

Hunter le miró los labios y Heather los abrió levemente para tomar aliento.

Aquello era una locura. Sería mejor que se controlase.

Heather lo miró. La expresión de Hunter era neutra. En cambio, ella sentía mariposas en el estómago al sentir su tacto.

Hunter apartó su mano. Heather la miró. Sabía que se había puesto roja. Siempre le había gustado el tacto de sus manos fuertes. Y hacía mucho que no la tocaban.

Demasiado tiempo.

—Es una buena idea —dijo ella.

Infló el fino colchón de aire y lo colocó debajo del saco de dormir, lo más apartado que pudo de Hunter, pero había sólo centímetros entre ellos. Buscó algo para comer y agua.

—¿Es el almuerzo?

—Sí. No creo que el tiempo cambie como para que podamos hacer un fuego en la lluvia.

—Lo haremos más tarde.

—¿Con madera mojada?

—Siempre se consigue alguna seca, si sabes dónde buscarla.

Heather se encogió de hombros y bebió agua.

—¿Puedo tomar un trago?

Ella le dio la botella y lo observó mientras bebía. Aquella boca era muy tentadora alrededor de la cantimplora. Casi gimió, como si sintiera sus labios en los de ella.

Turbada, miró a Hunter. Por su expresión, éste parecía estar adivinando sus pensamientos. Heather desvió la mirada, desesperada por escapar.

Cuando Hunter le devolvió la cantimplora, ella sintió el roce de sus dedos. Y un estremecimiento eléctrico la recorrió de los pies a la cabeza. Lo miró. Él también lo había sentido; se le notaba en la cara. El corazón de Heather se aceleró, y ella sintió un zumbido en los oídos. Tenía la respiración más agitada que durante marcha.

Hunter era muy masculino, pensó. La vida al aire libre era ideal para él. No era como ninguno de los hombres que trabajaban con ella en la agencia. No podía imaginárselo en la sala de juntas de una empresa. Pero sabía que también debía desenvolverse bien allí, puesto que Trails West tenía mucho éxito.

—Éste será el mayor descanso de nuestra expedición. Será mejor que lo aprovechemos —dijo Hunter, apartando la vista de ella y mirando el techo.

Heather se relajó. Terminó de comer y de beber, sacó su bloc de notas y se puso a escribir.

—Eres fiel a tu diario… —comentó Hunter.

—Son notas sobre el viaje, o ideas que se me ocurren relacionadas con él. Es la primera vez que voy de camping, así que quiero captar todo. El paisaje que hay en esta zona es de los más bellos que he visto. Me gustaría que dejara de llover para disfrutar de las vistas a la distancia… De todos modos, mis notas me servirán para publicidad de equipos para camping, creo.

—¿Y los otros deportes? ¿Vas a ocuparte del fútbol o del esquí?

—Podría, al menos, asistir a eventos deportivos, si conseguimos el contrato.

—¡Esto es un lío, Heather!

—¿Qué?

—Tú volverías loco a un santo. Yo quería que esta marcha no

tuviera complicaciones. ¿Por qué lo complicas tanto?

—¡Yo no hago nada!

—Tú eres tú —Hunter se dio la vuelta sobre su costado derecho y le dio la espalda.

Heather volvió a su diario. Pero no estaba inspirada, porque no podía dejar de pensar en Hunter.

Llovió toda la tarde. Después de escribir lo que pudo, Heather se metió en su saco de dormir. Estaba un poco oscura la tienda y no veía bien para escribir. Estaba cansada todavía, y un poco aburrida. Hunter parecía dormido, así que ni siquiera podía conversar con él.

El sonido de la lluvia la tranquilizó. Hunter se dio la vuelta y ella lo miró.

—Pensé que estabas dormido.

—Dormí un rato. Pero no estoy acostumbrado a dormir durante el día —se puso boca arriba—. ¿Has dormido tú?

—No. He estado escribiendo. He pensado que tus productos podrían usarse para más cosas que para acampar. Son caros, y si la gente les encuentra otra utilidad además de la que tienen para un camping, se sentirán más inclinados a comprarlos.

—Interesante.

—Podemos aplicarlo a otros productos además de a los de camping.

—Mmm...

—¿Y si mañana sigue lloviendo? ¿Vamos a esperar otra vez o nos iremos a pesar del mal tiempo?

—¿Te estás rindiendo?

—Sólo es curiosidad. Apuesto a que John y Peter también se lo están preguntando.

Estás muy dispuesto a asignarme sentimientos que no tengo.

—¿Y qué esperas?

—Hice lo que creí que era acertado.

—¿Cuándo?

—Hace diez años, por supuesto. ¿No estamos hablando siempre de eso? A ti no te hacía falta la presión y el agobio de una esposa que no pudiera trabajar porque tenía a su madre inválida a cargo. ¿Qué habría pasado si hubiéramos estado juntos? No teníamos dinero. Y el cuidado de mi madre se llevó todos los ahorros de mi padre y de mi madre. Vendimos la casa para que nos alcanzase.

Tuvimos que buscar un apartamento cuando mi madre terminó la rehabilitación en un centro especializado.

¿Qué habría pasado con tus planes de seguir estudiando y con tu vida? Yo no podía permitir que un accidente cambiase tu vida.

Hunter se puso de lado y se apoyó en un codo. La miró con incredulidad.

—¿Quieres decir que acabaste con nuestro matrimonio por mí? Venga, Heather, tu madre te pidió que te quedaras con ella, y tú elegiste. Fue claro, ella o yo. Y tú la elegiste a ella.

—Mi madre me necesitaba.

—¿Y yo no?

—No. No he conocido a nadie más autosuficiente que tú. Pasamos momentos estupendos juntos. Yo, por mi parte, siempre guardaré esos recuerdos. Pero la vida no es perfecta. ¿Cómo iba a darle la espalda a mi madre, si me necesitaba?

—¿Y ahora, aún te necesita día y noche, Heather?

—Sí.

—Venga, me has dicho que está en una silla de ruedas. Miles de personas funcionan bien solas si tienen esa movilidad. Además, hay profesionales que pueden ayudarlos cuando los necesitan.

—Pareces mi tía Susan.

—¿Quién es tu tía Susan?

—Está casada con mi tío Saul, y siempre me está diciendo que mi madre me manipula, que puede manejarse sola. Pero Susan no vive con mi madre. No se da cuenta de cuánto depende de mí.

—¿Cuánto?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás con ella las veinticuatro horas del día? Obviamente, no. Si no, no podrías tener un trabajo, ni venir a este viaje.

—Preparo el desayuno para las dos. Vuelvo a casa a tiempo de hacer la cena todas las noches, y la ayudo a prepararse para ir a la cama.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué más?

—Ya está. Los fines de semana, si quiere salir, vamos a hacer la compra o al videoclub a alquilar una película. Pero no le gusta mucho que la vean en público, así que normalmente nos quedamos

encerradas en casa.

Hunter se echó atrás.

—No me da la impresión de que te necesite. Puede arreglarse sola todo el día y toda la noche. Sólo necesita ayuda para las comidas y vestirse.

Heather abrió la boca para contradecirlo, pero luego se calló. Tenía razón en parte.

—Yo soy lo único que tiene.

—A mí me parece que debería tener una vida propia. Debe tener amigas. ¿Tiene algún interés al aire libre? ¿Qué hacía antes del accidente?

Heather intentó recordar, mirando el techo de la tienda. Su madre siempre había estado ocupada, aunque no se alegraba de ello, por lo que recordaba.

—Tenía amigas. Trabajaba media jornada en una panadería cerca de nuestra casa.

Y era miembro de un club de mujeres que hacían ganchillo cerca de nuestra antigua casa. Pero ahora no ve a esa gente.

—¿Por qué no?

Heather no lo sabía bien.

—El accidente terminó con ella.

Al principio su vida no había sido otra cosa que levantarse y vestirse. Pero con el correr de los meses y los años, había podido hacer más cosas. ¿Podía hacer más?, se preguntó Heather.

—Es posible. Pero eso fue hace diez años. Si ella no tiene una motivación para recuperar su vida normal, ¿para qué molestarse? ¿Ha habido algún hombre en tu vida? —le preguntó Hunter. Heather agitó la cabeza.

—No tengo tiempo para citas.

—¿Tu madre no lo aprobaría? —adivinó Hunter. Heather se quedó callada. Su madre se había quejado las pocas veces que ella había salido. Si se trataba de un asunto de trabajo se quejaba menos, pero insistía en que llegase a horario para acostarla.

—¿O no quieres comprometerte con algo que sabes que no cumplirás?

—Ya te lo he dicho. Creí que hacía lo mejor para ti. ¿Crees que fue fácil marcharme? Te amaba, Hunter. Fueron los días más felices de mi vida los que compartí contigo. Lo dejé todo para ocuparme de

mi casa y de mi madre después del accidente. ¿Por qué me condenas? ¡Tú no hiciste nada para salvar nuestro matrimonio!

—Te llamé y te dejé montones de mensajes. Fui a Seattle un fin de semana, cuando terminé los finales. Tu tío Saul me echó. Me dijo claramente que tú no necesitabas más complicaciones, y que sería mejor que no volviera a ponerme en contacto contigo. Ésas fueron sus palabras exactamente.

Heather se incorporó, y dijo, horrorizada:

—No es posible... Nadie sabía que me había casado.

—Evidentemente, Saul lo sabía, y creo que tus padres también. Seguramente querrían ocultarlo hasta que terminases el semestre, pero sucedió el accidente. Saul se ocupó de los asuntos de tu padre después de su muerte, ¿no?

—Sí.

—Cuando llamé la primera vez, él sabía quién era yo. Yo creo que tus padres lo sabían.

—No puedo creer que hayas intentado ponerte en contacto conmigo y que nadie me lo dijera.

—¿Dónde estabas esos primeros fines de semana?

—En el hospital todo el tiempo, y algunos ratos en casa de mi tía Susan, donde me llevaban a descansar. El funeral fue muy duro. No sabía si mi madre iba a salir adelante...

Recordó las noches que se había dormido llorando por la añoranza de Hunter. Se había sentido morirán miedo a que su madre pudiera morirse había sido lo único que la había frenado de volver a Chicago y pedirle a Hunter una segunda oportunidad.

Más tarde su madre había mejorado, pero los papeles del divorcio ya habían llegado.

—Esto cambia todo —dijo ella.

—A mí no me lo parece —respondió Hunter—. Tu familia te necesitaba, y tú me dejaste para irte con ellos. Hiciste una elección. No nos querías a ambos.

—No sabía que tú habías ido a verme.

—No se trataba de un juego, en el que tú te marchabas y yo iba detrás de ti. Quería saber cómo estabas, cómo estaba tu madre. Tú podrías haberme llamado, lo sabes.

Las líneas de teléfonos van en las dos direcciones.

Ella se había sentido herida y por eso no lo había llamado. Eso y

su determinación de hacer lo que tenía que hacer.

—Yo hice lo que creí que debía hacer. Tú tienes tu hermosa empresa, un buen negocio y no has tenido problema en encontrar la compañía de otras mujeres. Estoy segura de que podrás encontrar a alguien para formar una familia y envejecer con ella.

Él se rió.

—No estés tan segura. No confío mucho en ello.

Capítulo 6

—¿Hola, estáis ahí? ¿Estáis levantados? —se oyó la voz de Peter.

Hunter abrió la cremallera de la tienda.

—¿Qué sucede?

—John tiene una lona en el fondo de su mochila. Hemos pensado que podríamos hacer un toldo para hacer fuego. No quiero una cena fría. ¿Qué os parece?

—Saldré en dos minutos —Hunter agarró su chubasquero y se lo puso.

Salió de la tienda, contento por aquella interrupción. Lo abrumaban aquellos sentimientos hacia Heather que acababa de descubrir. Así que su explicación era que lo había dejado por su propio bien.

Eso lo enfadaba. Al parecer, ella no había estado segura de que él pudiera manejar una situación así. ¿O era una historia para ganarse sus simpatías? Fuese como fuese, no había funcionado. Para él la historia había sido que al primer obstáculo, ella lo había dejado. Igual que su madre.

John estaba atando la cuerda de la lona a un árbol que había cerca. Hunter tiró de otra de las puntas y ató su cuerda a otro árbol. Peter hizo lo mismo y pronto tuvieron montado un toldo. El sitio que quedaba debajo no era muy amplio, pero era suficiente para encender un fuego y sentarse alrededor de él.

—Hay que ir a buscar madera para el fuego —dijo Hunter.

—Yo iré a buscarla, si me enseñas dónde encontrarla —se ofreció Heather.

—El agua se queda muchas veces en la capa de hojas de la superficie —le explicó Hunter.

Hubiera querido quedarse con ella en la tienda de campaña, pero no podía sugerir semejante cosa. Ya era bastante con que John conociera parte de su historia juntos.

No quería dar lugar a especulaciones sobre un trato preferente a Heather.

Les costó bastante conseguir la leña. Pero finalmente lo lograron.

—Ojalá tuviéramos un arroyo —dijo Heather, frotándose una

mano con la otra para quitarse la suciedad y las hojas.

—Ponlas debajo de la lluvia. Pronto las tendrás limpias —murmuró Peter.

Heather lo hizo y luego se puso debajo del toldo. Tenía frío. Pero junto al fuego se sentiría mejor.

Hunter encendió el fuego, pero tardó un rato en calentar el aire.

—Esta noche tendremos una cena caliente —afirmó Peter con satisfacción.

Heather observó a Hunter dar órdenes y dirigir todas las operaciones. No lo recordaba haciendo algo similar. Claro que en aquella época a ella sólo le había interesado estar con él.

Heather fue a buscar la comida y los utensilios. Tenía muchas ganas de comer algo caliente. Se miró las manos, sucias y frías. Tenía una uña rota. Había pagado mucho por sus uñas postizas. Pero evidentemente no estaban hechas para el bosque. Ella tampoco. Tenía frío, se sentía húmeda e incómoda. Y confusa con los sentimientos que había experimentado con Hunter. No quería estar interesada en él. Su situación no había cambiado. Era la misma que cuando lo había dejado. Ni siquiera se podía mudar a Denver si él se lo pedía. Había hecho bien en dejarlo, pensó para convencerse.

Pero no dejaba de darle vueltas en la cabeza a las posibilidades de cambiar su situación. Tal vez si su madre pudiera arreglarse sola como decía tía Susan... Si Hunter le diera una segunda oportunidad...

—Heather, trae mis cosas, ¿quieres? —le gritó Hunter desde la hoguera.

Ella había visto dónde tenía la comida y los utensilios el día anterior, cuando lo había observado hacer la mochila. Así que recogió sus cosas y las de Hunter y fue hacia el fuego.

—No sabía qué querías comer, así que te he traído un par de cosas —se las dio.

La mano de Hunter rozó la suya. ¿Habría sido accidentalmente?

—Gracias.

Él no la miró. Heather suspiró suavemente y se acercó más al fuego. Se sentía fuera de lugar allí. John y Hunter parecían tomarse bien el tema del mal tiempo, pero Peter estaba incómodo. Evidentemente, no le gustaba que las cosas no fueran como había

esperado. Y Heather deseó estar en su casa.

¿Tendría alguna posibilidad de conseguir la publicidad? Estaba pasándolo mal, y probablemente para nada.

¿O esperaba algo más que la publicidad?, se preguntó. ¿Qué pensaría Hunter?

La comida caliente no cambió su estado de ánimo. Pero por lo menos ya no tenía frío.

Observó al grupo conversar alrededor del fuego. Hunter tenía el poder de darle la publicidad a uno de ellos, Y pensó que en caso de no elegir a Jackson & Prince, ella, en su lugar, contrataría a John.

Si Hunter le daba la oportunidad, ella haría una campaña magnífica. Trabajaría incesantemente para dar lo mejor de sí.

Pero para él nunca sería suficiente.

Aquel pensamiento la deprimió.

Fue a buscar el agua hirviendo y enjuagó su plato.

—¿Qué planes tienes para mañana? —preguntó Heather.

—Si para la lluvia, seguiremos el camino —dijo Hunter.

—Si llovizna, podemos seguir. Yo he hecho marchas con peor tiempo —propuso John.

—Yo también. Pero no todos lo hemos hecho —Peter miró a Heather.

—Yo puedo ir a cualquier sitio que vayas tú, Peter —respondió ella tranquilamente. Miró a Hunter y notó que la estaba mirando como si especulase algo.

Al día siguiente la lluvia paró, pero el cielo siguió gris.

Después del desayuno, levantaron el campamento y salieron. Peter volvió a situarse al lado de Hunter.

—Es curioso que piense que hartando a Hunter va a conseguir el contrato —dijo John mientras caminaban detrás de los otros dos.

Heather se rió suavemente.

—Quizás no se dé cuenta de que lo está hartando.

—Es posible. Cuéntame algo más de Jackson & Prince. Conozco a Saul Jackson.

Nos conocimos en la Cámara de Comercio.

—Es un negocio familiar en su mayor parte, pero eso no quiere decir que no seamos realmente buenos. Llevo nueve años trabajando allí.

De pronto, se dio cuenta de que casi coincidía con la ruptura con

Hunter y con la renuncia a sus sueños. ¡Había deseado tanto ser maestra! Las circunstancias la habían llevado en otra dirección. Y ahora se encontraba haciendo anuncios para vender productos al público. Y en general, no estaba con niños más que en sus vacaciones, cuando veía a los niños de sus primos.

—Tenéis buena fama en Seattle. Saul es un hombre de palabra.

—Es mi tío, y ha sido maravilloso conmigo. Cuéntame algo de Statton Brothers. Sé que sois los más grandes de la costa oeste, y que también tenéis oficinas en Portland.

El tiempo pasó rápidamente conversando con John. Era un hombre muy agradable y la hacía reír.

Cuando pararon para descansar, Hunter la miró.

—Veo que te estás divirtiendo —dijo Hunter cuando los otros estaban ocupados quitándose las mochilas.

—Sí. ¿No puedo?

—Ven conmigo en el próximo tramo. Quiero que me cuentes más cosas sobre tu agencia —le ordenó.

Heather lo observó alejarse y casi hizo un saludo militar. Pero el objetivo de toda aquella excursión era vender su publicidad. Y al parecer Hunter estaba dispuesto a escucharla.

Heather le habló de la agencia y del éxito que había conseguido. Y de los clientes que habían perdido. Hunter la escuchó sin decir nada. Ella intentó mantener un tono profesional, pero la verdad era que lo que verdaderamente le interesaba era saber qué había hecho Hunter en todos esos años. Sabía que había levantado una empresa, y que había estado a punto de casarse...

¿Habría pensado alguna vez en lo que podría haber sido? ¿Habría deseado volver a empezar con ella ayudando a su madre? Por supuesto que no. Ella le había dejado claro que no quería saber nada de él.

Pero las cosas habían cambiado. Ella tenía un trabajo para mantenerse y mantener a su madre, y Hunter era un hombre exitoso en los negocios. Si volvían a estar juntos todo sería diferente.

Heather admiró la belleza del bosque. Parecía que nadie había estado allí. Era naturaleza pujante y virgen. Y ella disfrutó de aquella paz.

Hunter se había adelantado un poco y Heather tuvo que alcanzarlo. No quería que tuviera motivo de queja con ella, ni

quería darle la oportunidad de hacer comentarios sarcásticos. Le dolían. Quería que tuviera pensamientos agradables sobre ella.

Hunter miraba la zona y el paisaje cada tanto. Pero había que mirar el terreno, puesto que era irregular rocoso. El ruido de sus pasos encima de las hojas secas era el único sonido en el bosque. Hasta Peter se había quedado en silencio. O tal vez para él no tenía sentido conversar con John, puesto que su objetivo era Hunter.

Heather estaba cansada. Le pesaba mucho la mochila. Miró el reloj. Hacía una hora que habían empezado a andar, y les quedaban varias horas antes de que anocheciera.

Hubo una curva y luego el camino descendió. Al cabo de un rato encontraron un riachuelo, bastante más ancho que otros.

—¿No hay ningún puente? —preguntó Heather. Aunque sabía la respuesta.

Peter y John se acercaron a ellos. Peter silbó, impresionado por el riachuelo.

—Tendremos que pasar por las rocas —comentó Hunter.

—¿Cómo? —preguntó Heather—. Las rocas están cubiertas de agua. No quiero mojarme los pies y sufrir el resto del día por ello.

—Nos separaremos. Tú, Peter, irás con John por allí. Heather y yo buscaremos un lugar más seguro para cruzar —caminó, estudiando el arroyo. Hacía más frío en aquel momento. No llovía, pero la humedad de la lluvia anterior penetraba sus huesos y la helaba. Quería volver a andar para no helarse.

—Heather, por aquí —gritó Hunter.

Heather se acercó a él y miró las rocas.

—Son resbaladizas. Pero no me quiero alejar más de lo necesario. Si cruzamos, podemos caminar arroyo abajo para encontrar a Peter y John y decirles que crucen por aquí —dijo él.

Aquello no le gustaba a Heather, pero no iba a encontrar otro sitio. Y si Hunter decía que era la mejor opción, probablemente lo sería. Lo peor que podría pasarle era mojarse los pies. No se ahogaría.

—¿Vas tú primero o voy yo? —le preguntó Heather.

—Tú primero. Yo te seguiré y te ayudaré si te caes.

Heather miró las rocas tratando de recordarlas para que el cruce fuera lo más fácil posible.

—Empieza aquí —Hunter se puso a su lado y le señaló la

primera roca que debía pisar—. Luego allí. La tercera te mojará las botas pero no las cubrirá, creo. No te quedes mucho tiempo en ella para que no te penetre el agua.

Ella intentó seguir su explicación, pero él estaba demasiado cerca, y no podía concentrarse.

—Así no te pasará nada... —terminó de decir Hunter.

Ella deseó no haber estado tan distraída.

—Ahí voy...

Pisó una roca. El problema era que el peso de la mochila le hacía perder el equilibrio. Se resbaló levemente, pero recuperó el equilibrio. Luego saltó sobre una roca plana, que se movió bajo sus pies. Sintió pánico de caerse al agua helada del riachuelo. Apretó los dientes y saltó sobre las siguientes tres rocas en dirección a la orilla. Se volvió a resbalar y se movió hacia delante para compensar el peso de la mochila. Cayó de rodillas, ¡pero logró cruzar al otro lado!

—¡He podido hacerlo! —sonrió, excitada de satisfacción.

—Buen trabajo. Pero casi te caes en la roca plana, así que es mejor que yo haga otra ruta.

Pero no buscó una ruta diferente. Se quedó mirándola a los ojos. Heather sintió que la quemaba con la mirada. Aquella atracción irresistible entre ellos seguía allí. Ya no sentía frío...

Tuvo que apartar los ojos antes de que él la consumiera. Miró el agua. ¿Por dónde cruzaría él?

Hunter se resbaló en un par de rocas. Pero se recuperó rápidamente. Y finalmente llegó al otro lado.

La había visto tan entusiasmada con su logro que no había podido dejar de mirarla. Estaba tan hermosa con aquel brillo en los ojos y aquella sonrisa radiante...

—Lo has hecho muy bien. No has tenido ningún problema, ¿no? —sonrió Hunter, agarrándole los brazos.

Bajó la cabeza y la besó suavemente. Cuando Heather se movió hacia él, Hunter se apartó, sujetándola un momento para asegurarse de que estaba segura sobre sus pies.

Sin decir nada más, empezó a andar. Ella ya no era suya. No tenía que olvidarlo, pensó.

—Vamos a buscar a Peter y a John para seguir la marcha. Nos queda tiempo antes de acampar.

Se sentía un tonto por seguir la marcha. Tendría que haberla cancelado después de perder a Jess y a Bill. Para él era suficiente con ver el trabajo que proponía cada agencia. Pero había seguido. Y sabía que había sido por Heather. Tenía que pensar con claridad. Ella lo había dejado hacía diez años. Unos días con ella en la montaña no cambiaba nada.

Pero deseaba que llegase la noche para estar con ella en la tienda. Era una serena tortura respirar la fragancia de su pelo y no tocarla... Era un tormento recordar los días y las noches en que habían hecho el amor.

—¡Habéis podido cruzar! —gritó Peter desde el otro lado—. Creo que podemos saltar el arroyo.

—No te arriesgues —dijo Hunter, quitándose la mochila de los hombros y dejándola junto a Heather—. Nosotros hemos encontrado un sitio perfecto para cruzar. Venid que os lo muestro —Hunter caminó hasta el sitio donde habían cruzado.

John y Peter lo siguieron desde el lado opuesto del riachuelo. Y luego cruzaron.

Peter se puso junto a Hunter. Era una persona insoportable, pensó él; pero si tenía que aguantarlo para estar con Heather, lo haría. La marcha terminaría tres días más tarde, y entonces se separarían y posiblemente no se volverían a ver.

La idea no le gustaba nada.

Heather cerró los ojos, saboreando el beso. No había sido un beso apasionado, sino amistoso, pero sentir sus labios y su cuerpo había sido una sensación intensa para ella. Aunque no le alcanzaba. Ella quería más.

Siguieron el camino. Heather junto a Hunter y Peter y John detrás. Heather lo observaba durante la marcha. Estaba impresionada por el hombre en el que se había convertido. Le habría gustado ser parte de su vida. Si su agencia conseguía el contrato, ¿se seguirían viendo? ¿O aceptaría su sugerencia de tratar con otro publicista? Ella deseó haberse callado.

La marcha presentó algunas dificultades por el terreno escarpado. Hunter la ayudó dándole la mano en más de una ocasión. Y ella sintió aquella sensación placentera de tener su mano envuelta en el calor de la de él. Se estremeció. Pero era evidente que Hunter no sentía la misma atracción. Si pensaba que podría

hacer que se volviera a enamorar de ella, estaba equivocada, evidentemente.

¿Cómo sería compartir la vida con él? ¿Qué habría pasado si su madre no hubiera sufrido el accidente?

Su cuerpo lo deseaba. Añoraba las noches de amor y los apasionados abrazos que la habían hecho feliz. Deseaba encontrarse con él nuevamente en los deleites del amor... Borrar todos esos años perdidos. ¡Cuánto deseaba tener una vida menos complicada! ¡Que hubieran podido conocerse sin todas las complicaciones que los separaba!

Sintió un repentino deseo de detenerse y pedirle que le diera una segunda oportunidad.

Se estaba enamorando nuevamente. Y aquella vez de un hombre que no sentía ni siquiera simpatía por ella. ¡Qué irónica érala vida! Ella lo había abandonado hacía diez años, y ahora se moría por tenerlo.

Pararon tarde para comer. Cuando reiniciaron la marcha, Peter acompañó a Hunter.

—Deberías ir tú con Hunter. Es tu turno —le dijo Heather a John.

—Ya tendré mi turno. No te preocupes. Será interesante ver quién consigue el contrato al final.

—Espero que seas tú —dijo ella, observando a Peter y a Hunter desaparecer en una curva.

—¿Tu agencia no?

—Me parece que no tenemos ninguna posibilidad.

—¿No? ¿Por qué? Cuéntamelo.

—No me apetece. Simplemente, no hay nada que hacer.

—Mi esposa dice que yo sé escuchar —dijo John.

—Tienes suerte de tener una esposa que piensa eso —sonrió ella con tristeza—.

Recuerdo que mi madre siempre le decía a mi padre que no la escuchaba.

—Algunos hombres son así —dijo John.

—A mí no me escuchaban mis padres.

—Ocurre a veces.

—Me trataban como si fuera un bebé —comentó Heather, recordando aquella visita de Navidad.

—Eres hija única, supongo…

Heather asintió.

—Es duro ser hijo único. Siempre lo he pensado. No tienes a nadie con quien compartir responsabilidades. Eres tú solo para todo.

—Siempre he deseado tener muchos hijos. Pero ni siquiera estoy casada, y no creo que me case… —Heather se dio cuenta de que John no debía estar interesado en su vida—. Lo siento. No quería ponerme a hablar de todo esto… Hemos venido a esta marcha para conseguir el contrato de Trails West. Olvídalo.

—¿Qué sucedió entre Hunter y tú? —preguntó John.

Heather se detuvo, dudando en contarle la historia completa. Era un tema que no había hablado con nadie. Pero como probablemente no volviera a ver a John, se lo contó.

—Siento lo de tu padre. ¿Se encuentra bien tu madre ahora?

Heather agitó la cabeza.

—Está en silla de ruedas, y sufre mucho todavía. Yo no esperaba ver a Hunter en este viaje. Me ocupé de la publicidad en el último momento. Cuando fui a comprar mi equipo de camping me enteré de que Hunter era uno de los dueños de Trails West.

—Habrá sido una sorpresa para ambos… O quizás os unió el destino para darte otra oportunidad.

—No lo creo —no quería hacerse ilusiones—. Mi madre todavía depende de mí.

—Pero todo lo demás ha cambiado. Y sospecho que ahora Hunter gana suficiente dinero para mantenerte a ti y a tu madre —comentó John.

—¡Oh! No puedo acudir a él ahora. ¡No podemos estar juntos mientras tenga a mi madre conmigo!

Si las cosas cambiasen y su madre pudiera valerse por sí misma… pensó. Pero no tenía que engañarse. Su madre no era autosuficiente y jamás lo sería.

—Entonces, tal vez sea hora de pensar en una alternativa para cuidar de tu madre

—le propuso John.

Heather agitó la cabeza. Tenía que estar al lado de su madre. Esta no tenía a nadie más.

Capítulo 7

Aquel día Hunter paró la marcha bastante temprano. Encendieron un fuego y se quitaron la sensación de humedad. No llovía, pero seguía pronosticado lluvia.

Cenaron temprano y luego se sentaron alrededor del fuego, bebiendo café y conversando.

Heather estaba envuelta en sus pensamientos. Se había quedado pensando en lo que le había dicho John. ¿Podría haber una segunda oportunidad?

Su tía siempre había dicho que lo peor que tenía su madre era su dependencia de Heather. A ella no le había importado cuidarla al principio. Pero la verdad era que últimamente empezaba a pesarle. Todavía era joven, deseaba casarse y tener una familia. ¿Cómo iba a hacerlo con las exigencias de su madre?

Se preguntó qué tal se habría arreglado su madre en casa de su tía Susan. Ésta no habría hecho demasiado por su cuñada. Le hubiera gustado pedirle prestado el móvil a Hunter para llamar a su tía y preguntarle por su madre.

De repente, se puso de pie, y dijo:

—Voy a dar un paseo.

—Hemos estado caminando todo el día —comentó Peter.

—Lo sé. Pero será agradable andar sin el peso de la mochila. Hay sol por detrás de las nubes, así que seguramente habrá un atardecer espectacular —se dio la vuelta y se marchó.

Caminó al lado del riachuelo.

Al rato oyó la voz de Hunter.

—¿Vas bien?

Heather se dio la vuelta.

—Sí, gracias.

—Eso creo yo también.

—¿Qué?

—No creí que llegarías hasta este punto cuando te vi el primer día —Hunter pasó por su lado y la adelantó.

—Te dije que lo haría.

Hunter asintió.

—Jackson & Prince harían un buen trabajo para Trails West —

murmuró Heather.

—Probablemente.

—Tenemos una buena campaña y...

Hunter se detuvo, y dijo:

—No quiero hablar, Heather. Sólo quiero disfrutar de las vistas. Muchas veces pensé en ir de camping contigo. Esperaba poder hacerlo durante el verano, pero tú te marchaste. En aquel tiempo eras todo lo que un hombre puede esperar de una mujer.

Antes de que Heather pudiera decir nada, Hunter la besó. Tiró de ella y la abrazó.

Ella sintió su pecho duro, su boca dulce y apasionada. Y un calor intenso que se expandía por todo su cuerpo. Hunter despertaba en ella un mundo de sensaciones eróticas. Sus labios estaban calientes, eran provocadores. Le hacía desenterrar deseos largamente sepultados.

Y ella tenía que corresponderle. Tenía que darle todo lo que le pedía, todo lo que ella podía ofrecerle. Heather se frotó contra Hunter, deseando más. Él movió su lengua para saborear la dulzura de su boca, para sentir la suavidad de su labio inferior, la dureza lisa de sus dientes, invitándola a que ella probase también la cavidad de su boca.

Él la estrechó más, Heather le agarró la cabeza, y entrelazó sus dedos a los mechones de su pelo. Luego los deslizó hacia sus anchos hombros. Recordó entonces la suavidad de su piel a través de la fina tela de su camisa. Sus sentidos estaban alerta. Todo lo que tocaba la maravillaba, despertando nuevos placeres y recordando otros.

La pasión aumentaba dentro de ella Su corazón estaba lleno de deseo. Estaba respirando irregularmente, casi gimiendo. El tocar su piel y su pelo aumentaba su deseo, y aquel cuerpo fuerte contra el suyo la invadía de imágenes eróticas. ¿Cómo había podido abandonar a aquel hombre? ¿Cómo había podido seguir viviendo sin él?

Hunter le agarró la cabeza, la echó hacia atrás y buscó la suavidad de su cuello.

Sus apasionados besos la dejaron sin sentido, temblando de deseo, con la debilidad del anhelo. Él la besó una y otra vez.

—Hunter —dijo ella.

Los diez años de separación habían desaparecido de un plumazo.

Era como si estuvieran casados, como si todavía estuvieran enamorados, como si siguieran siendo los únicos dos seres sobre la tierra.

Pero su voz pareció terminar con aquella locura. Él se apartó, respirando agitadamente. Los ojos le brillaban en la oscuridad.

—Esto jamás funcionará. Vuelve al campamento —Hunter se dio la vuelta abruptamente y se puso a andar.

Heather lo observó alejarse. Tenía las mejillas encendidas. Se quedó mirándolo con la esperanza de que volviese. Pero finalmente admitió la derrota, y volvió al campamento y se metió en la tienda.

Se sentía sola y triste después de aquel beso. Lo deseaba desesperadamente. Sabía que él no era indiferente a su presencia. La había besado varias veces, y había sido un deleite. ¿Le daría una segunda oportunidad? ¿Pensaría en ello?

¿Qué podía hacer para demostrarle que había madurado y cambiado?

Por primera vez pensó en ella antes que en su madre. Estaría dispuesta a todo con tal de volver con Hunter.

Sobresaltada por sus propios pensamientos, Heather intentó dejar la mente en blanco y prepararse para dormir.

¿Podría hacer algo para animar a Hunter a intentarlo otra vez?

Antes de que pudiera encontrar una respuesta, la asaltó el sueño.

Cuando se despertó al día siguiente seguía sola en la tienda de campaña.

¿Hunter se habría acostado tarde aquella noche y despertado temprano aquella mañana? ¿O habría dormido en otro sitio?

Se vistió y salió de la tienda, disimulando su torbellino interior. Se acercó al fuego.

John y Hunter estaban bebiendo café. Peter no estaba. Heather los saludó y se sirvió café. Notó que Hunter evitaba mirarla. Le dolía que la ignorase. Pero ella jamás olvidaría la pasión y el amor que Hunter había vuelto a despertar.

Porque ella estaba enamorada de Hunter. Siempre lo había estado aunque había intentado negarlo, aunque había seguido adelante con su vida.

Pero sabía que en cuanto Hunter llegase a Denver se olvidaría de ella.

El desayuno estaba prácticamente listo cuando apareció Peter.

Cuando terminasen, ella intentaría tratarlo de forma impersonal, y esperaba que los días que faltaban pasaran rápidamente. Intentaría tratarlo como si no se conocieran de antes.

Cerró los ojos recordando sus besos. ¿La volvería a besar?

—¿Estás bien? —la sobresaltó Hunter.

—Estoy bien —respondió Heather abriendo los ojos—. Recogeré mis cosas y estaré lista para salir.

Y se alejó del fuego antes de decir algo embarazoso.

Hunter observó a Heather meterse en su tienda. Él se había levantado antes del amanecer para escapar del perfume de la mujer que había dormido junto a él.

Siempre había olido como una flor silvestre. No había podido dormir por la noche, recordando el beso que habían compartido. Había deseado estrecharla en sus brazos, besarla hasta dejarla sin sentido, y hacerle el amor hasta el amanecer.

En cambio había dado interminables vueltas en la cama hasta que por fin se había despertado y había escapado a hacer el fuego. El café no le había servido de nada para aplacar el deseo. Deseó que ella no hubiera participado en el viaje.

Él había seguido con su vida después de que ella se hubiera ido, pero nunca la había olvidado completamente. A veces, cuando estaba solo recordaba su risa. Había pensado que estarían juntos toda la vida, y ahora sólo compartían un asunto de negocios. Si elegía a Jackson & Prince como agencia de Seattle, ¿sería una estupidez?

Sería un tonto si esperaba que el volver a tener contacto con ella podría cambiar las cosas.

Pero la deseaba.

—El tiempo parece estar bien —dijo Peter, interrumpiendo sus pensamientos.

—El cielo está muy claro. Hoy veremos uno de los paisajes más bonitos de la excursión.

Y dos días más tarde se separarían, pensó.

—Mañana es el último día —dijo John—. Ha sido una marcha agradable. Aunque no consigamos la publicidad, me alegro de haber venido.

—¿Vas a tomar la decisión mañana o vas a esperar al lunes por la mañana?

—Será Alan quien dé el resultado —dijo Hunter—. Yo me iré a casa en cuanto termine la marcha.

Heather estaba oyendo la conversación desde la tienda de campaña. ¿Habría alzado la voz Hunter para que ella oyera que no veía la hora de volver a Denver?

Se sentó en la tienda y se apoyó en su mochila. ¿Y si buscaba trabajo en Denver?

¿Y si conseguía ayuda para su madre? ¿Estaría interesado Hunter?

Pero no podía acercarse a él ahora que Hunter había prosperado tanto. Parecería que estaba interesada sólo en el hombre de éxito. Y no quería que pensara mal.

—¿Estás lista para salir? Voy a desarmar la tienda.

—Estoy lista.

El camino de la marcha era espectacular. Había muchas zonas abiertas y vistas panorámicas con montañas llenas de vegetación. En un médano sorprendieron a una manada de ciervos comiendo. Y ella disfrutó de ver los animales, alzando sus cabezas alertas al peligro.

Hunter se acercó a ella y sacó su cámara del bolsillo exterior de su mochila.

—Esto te vendrá bien.

Ella asintió y sacó fotos de los animales.

—¿Qué piensas hacer con esas fotos? —preguntó John.

—Usarlas para anuncios para Trails West —contestó Heather—. No hay nada como la experiencia de primera mano.

Hunter no dijo nada, y empezó a caminar otra vez. Ella no quería una respuesta inmediata de sus posibilidades. Pero quería dejarle claro que su objetivo seguía siendo conseguir aquel contrato. Y esperaba que él fuera justo y no mezclase asuntos personales en la decisión.

Por la tarde el cielo se puso negro. Se oyeron truenos en la distancia.

—Parece que va a llover otra vez —protestó Peter.

—Es más al este, creo —respondió Hunter.

Heather deseó que no lloviera. Quería terminar con la marcha.

Siguieron caminando. Cada tanto oían truenos a lo lejos.

Pararon cerca de un arroyo que tenía un puente. Hunter estudió

el lugar.

—¿Algún problema? —preguntó Peter, acercándose a Hunter.

—La orilla está con barro de la reciente lluvia. El arroyo se ha rebalsado y no me fío de la seguridad del puente.

—Parece sólido —dijo Peter.

John agitó la cabeza.

—Da la impresión de que se va a caer si sigue lloviendo.

—Pero no está lloviendo aquí. Yo iré primero si quieres. Estoy seguro de que el puente es seguro —dijo Peter.

—Espera un momento.

Hunter fue hasta el borde y pisó en el puente. Éste se balanceó un poco. Quedaba apenas un tablón de ancho de orilla a orilla. Y el arroyo era demasiado profundo como para arriesgarse. Hunter recordó las notas de Alan acerca de aquel sitio antes de llegar al refugio. No había otra forma fácil de cruzar. Así que si no iban por allí, tendrían que buscar otro camino a cierta distancia.

—Yo digo que crucemos —insistió Peter.

—Que decida Hunter —opinó John.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Hunter a Heather.

—Yo digo que lo decidas tú.

—Cruzaremos. Pero tendremos ciertas precauciones. Si se cae alguien, el agua lo arrastraría. John, tú tienes cuerda, y yo también. Tiremos una cuerda salvavidas de persona a persona.

—De acuerdo.

Hunter ató una cuerda a un árbol cerca del puente.

—John, cruza tú primero. Ata la cuerda a uno de los árboles al otro lado. Peter, luego irás tú, y Heather detrás de ti. Yo seré el último. El sitio para acampar está a un kilómetro y medio más o menos. Allí pasaremos la última noche.

—De acuerdo —dijo John.

Ató un largo de cuerda alrededor de su cintura y se enrolló otro largo para atarla al otro lado. Luego le dio el otro extremo a Peter.

—Deja suficiente cuerda suelta como para que pueda moverme con libertad —siguió John.

Hunter hizo lo mismo con su cuerda, atando un extremo al árbol, y el otro a su cintura. Dejó la cuerda floja todo el largo del puente y ató la otra punta a la cintura de Heather.

—Cuando llegues al otro lado, dile a John que te desate y que

ate la cuerda al árbol. Pesas poco y no podrías sujetarme si me cayera. Y podría arrastrarte al agua.

Hasta que no hayáis atado la cuerda firmemente al árbol, no cruzaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. No habrá ningún problema, ¿no? —preguntó Heather. Ella confiaba en Hunter totalmente, pero el tablón húmedo del puente parecía inseguro e insustancial.

—Todo irá bien. Ve detrás de Peter y John y estarás al otro lado enseguida.

Heather trató de escuchar, pero sólo era consciente de las manos de Hunter alrededor de su cintura.

—Cuando estés al otro lado, ata la cuerda al árbol, y yo desenrollaré la cuerda de este árbol. Pero hasta entonces la cuerda nos sujetará a los dos si ocurriese lo peor.

Heather asintió, aunque no le hacía ninguna gracia pasar ese puente. Sonrió débilmente. Observó a Hunter atar la cuerda a un pino y a John enrollarse la cuerda dejando un extremo suelto. Se puso la mochila, agarró la cuerda con la mano y caminó por el tablón con paso firme, seguro. Heather intentó memorizar dónde había pisado para poder seguirlo.

Estuvo en un momento al otro lado. Cuando aseguró la cuerda, Peter salió hacia él. Cuando estuvo a salvo al otro lado, Hunter desató su cuerda del árbol.

—Tú eres la próxima —le dijo a Heather.

Ella caminó hacia el borde del puente. Tenía un aspecto horrible, pero no podía quedarse allí. John y Peter habían cruzado sin problemas… Ella también lo lograría.

Pisó el tablón. Estaba un poco resbaladizo. Con cuidado, intentó pisar donde lo habían hecho John y Peter. Y cuando pensó que ya lo había logrado, porque había cruzado las tres cuartas partes del puente, el tablón cedió, ella se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó al agua fría.

Se golpeó el hombro contra una roca sumergida y el agua hizo un remolino con ella. Por un momento, el dolor del golpe hizo que no notase el frío del agua helada.

Luego sintió un frío casi insoportable. El agua cubría su cara, la arrastraba hacia abajo, y la cuerda estaba a punto de hacerle una herida en la cintura, casi la partía en dos. Intentó darse la vuelta,

sacar la cabeza a la superficie, pero su mochila se había quedado atrapada en una roca debajo del agua. Luchó por soltarse, pero no se podía mover, ¡no podía respirar! Sintió pánico. Se sacudió ferozmente, tratando de escapar de la corriente rápida del río. Le dolía el hombro, y sus pulmones parecían a punto de explotar.

Hubo un momento en que pudo respirar, sin tragar agua, pero luego ésta la volvió a cubrir. Tosió, presa del pánico. ¿Se iba a ahogar en un río del que no conocía ni el nombre?

Nuevamente tomó aire. Eso le dio fuerzas. Tenía que hacer algo pronto, o se helaría o se ahogaría. ¡El agua estaba helada! Se retorció a un lado y a otro, pero la mochila no la dejaba soltarse. Dando patadas y retorciéndose, intentó liberarse. Y

entonces unas manos fuertes la agarraron y la llevaron a la superficie. Sintió un tirón en su mochila y por fin ésta se soltó. La arrastró la corriente, pero tenía la cabeza fuera del agua y podía respirar. Era maravilloso.

—Tranquila, Heather. Vas a conseguirlo, cariño. Aguanta. La corriente es fuerte, pero llegaremos a la orilla. Aguanta.

Era Hunter. Estaba en el agua con ella, agarrándole el brazo, tranquilizándola. Ella se dio la vuelta e intentó moverse hacia la orilla, más tranquila. ¡Llegaría a la rivera!

Hunter había agarrado su mochila para que ella tuviera más movilidad. Pero el hombro le dolía demasiado como para mover el brazo izquierdo. No era fácil moverse con las botas y los vaqueros. Se sentía indefensa, aferrada a Hunter, luchando para llegar a tierra.

Hunter llegó a la orilla sin soltarla en ningún momento. No era fácil trepar la orilla abrupta y llena de lodo. Estaban a bastante distancia de la superficie donde estaba el puente. Hunter se resbaló dos veces hacia abajo, pero al tercer intento pudo alcanzar la orilla. Arrastrando y ayudando a Heather, se libraron del arroyo helado y llegaron por fin a terreno sólido.

Heather estaba tumbada, intentando respirar. Él la estrechó en sus brazos y la besó ferozmente. Heather lo apretó más contra ella, mientras lo besaba. Pensó que tal vez había muerto y que aquello era el paraíso.

Luego volvió a la realidad y sintió el frío a pesar del calor de Hunter. Tembló y él se apartó.

—¿Estáis bien? —gritó John desde la otra orilla.

—Lo estaremos en cuanto nos quitemos esta ropa mojada y nos pongamos algo seco —gritó Hunter.

—Ven, Heather. No estamos en un buen sitio aún —dijo Hunter, ayudándola a ponerse de pie y agarrando su mochila.

—No puedo creer que no estemos muertos —comentó Heather, temblando de frío.

—Es por esto que atamos una cuerda de seguridad. Ven. Tus cosas están mojadas, pero yo me quité la mochila antes de saltar a rescatarte, así que tendremos ropa seca.

—¿Has saltado a rescatarme? —Heather apenas podía hablar porque le castañeteaban los dientes—. Podrías haberte muerto.

—Tú también. ¿Crees que iba a permitirlo?

—Creí que sólo habías tirado de la cuerda.

—Era imposible contra la corriente. Además, tu mochila se atrancó en una roca.

Hunter había arriesgado su vida por salvarla. Heather estaba anonadada.

—Podrías haber muerto. No deberías haberte lanzado al agua por mí.

—Sí, debía hacerlo.

Heather pensó en lo que podía implicar aquello, pero era incapaz de concentrarse en ningún pensamiento.

—Tengo tanto frío...—dijo Heather.

—Lo sé. Yo también. Tenemos que ponernos ropa seca. ¿Puedes ayudarme?

Ella apenas podía moverse. Su mente funcionaba muy despacio, todo le parecía un esfuerzo monumental. Se incorporó; sus dedos no le respondían. Pero se alegraba de poder respirar.

—Venga, Heather. Tienes que cambiarte. Quítate esa ropa mojada. Traeré ropa de mi mochila —Hunter fue en busca de su mochila. Ella lo siguió, pero cada paso era una agonía.

—¡Oh! Me he hecho mucho daño en el hombro.

—Te lo miraré cuando te cambies. Pondré la tienda de campaña para que puedas tener intimidad —comentó Hunter.

John y Peter estaban al otro lado, observándolos.

Heather volvió a sentir un escalofrío y se preguntó si volvería a recuperar la temperatura de su cuerpo algún día.

—Ven, tienes hipotermia —murmuró Hunter cuando terminó de montar la tienda.

La ayudó a entrar en la tienda y sacó una camisa de franela.

Le quitó la chaqueta y los pantalones cortos en un momento. La envolvió en la franela, mirando su hombro mientras lo hacía.

—Te has hecho mucho daño. ¿Está dislocado? —preguntó Hunter.

Ella lo rotó e hizo un gesto de dolor.

—No creo. Pero me duele.

—Quítate todo. Tengo unos vaqueros que puedes usar. Son muy grandes, pero te abrigarán.

—¿Y tú? Tú también estás frío.

—Yo ya me estoy cambiando.

Heather lo miró. Se había quitado la camisa. Y se quitó los pantalones y los zapatos rápidamente. Se puso otros mientras ella apenas se podía mover.

Lentamente Heather se empezó a quitar los vaqueros, pero las botas no le permitieron terminar la tarea. Hunter la ayudó, quitándoselas junto con los calcetines fríos.

En un momento estuvo seca y arropada en su saco de dormir, aunque seguía temblando de frío.

Heather trató de hacer lo que él le decía, pero no podía moverse más rápidamente.

—Venga, te ayudaré —Hunter trajo una toalla y le secó el cabello.

Cuando empezó a entrar en calor, todas sus heridas empezaron a dolerle: el hombro, la cintura donde había tenido la soga, la cadera que se había chocado contra la roca...

Unas lágrimas corrieron por sus mejillas. Ella intentó reprimirlas, pero no pudo. El agua casi se la había tragado. Pero estaba viva.

—Déjame que te mire el hombro.

Ella intentó aguantar el dolor.

—Sé que duele, pero tengo que verlo. Luego llamaré por teléfono para pedir ayuda. Aguanta.

La voz de Hunter era cálida y fuerte. Recordó cómo le había hablado en el río. Se dio cuenta de que podía confiar en él. ¡Debía haberse dado cuenta de ello hacía diez años! ¡Pero había estado tan

asustada de todo!

Capítulo 8

Heather tenía el hombro hinchado y una herida a un lado. Se retorció para intentar verlo.

—Se está poniendo negro y azul. Pero no creo que esté dislocado —dijo Hunter, cubriéndole nuevamente el hombro con la camisa.

—No está dislocado. Pronto se me curará. No hace falta que llames a un médico.

Puedo arreglármelas sola de momento —dijo Heather, mirándolo.

Estaba más preocupada por la posibilidad de no volver a ver a Hunter que por las heridas de su hombro.

—Tenemos que ver cómo va la hipotermia. Cuando estés seca y caliente, volveré a controlarla, ¿de acuerdo?

Ella asintió e intentó sugestionarse con la idea de entrar en calor.

—Espera. Voy a ayudarte —Hunter abrió el saco de dormir y se metió dentro con ella. Luego la abrazó.

—El calor de mi cuerpo te calentará más rápido —Hunter puso las piernas alrededor de las de ella, tratando de rodearla con todo su cuerpo. Apoyó el mentón en la cabeza de Heather.

Heather se calentó más rápido de lo que había pensado. Había pasado de estar helada a tener calor como para quitarse el saco de dormir. También estaba alerta al cuerpo de Hunter. Oía el latido de su corazón, y sus brazos la rodeaban como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Olía la fragancia única del hombre al que había amado; al que amaba. Aspiró profundamente para recordar aquel olor el día que ya no lo tuviera allí.

Hunter le acarició el pelo.

—Está casi seco —dijo, peinándoselo.

Ella cerró los ojos para disfrutar de la sensación. Casi se durmió. Luego reaccionó.

—¿Y los otros?

—Han cruzado. ¿Estás lo suficientemente caliente como para volver a intentarlo?

¿Cómo está tu hombro?

—No hay otra posibilidad, ¿verdad? —preguntó ella—. Según

has dicho, si no cruzamos, nos retrasaremos varios días de marcha...

—Si te atreves a cruzar, les diré a John y a Peter que hagan un fuego para que te calientes en cuanto llegues. Íbamos a parar pronto de todos modos. Es mejor que acampemos al otro lado. Mañana, si te encuentras bien como para andar, nos iremos a casa.

—No tengo problema para andar. No me duelen los pies, sino el hombro. No hace falta que llames a Protección Civil.

—Entonces, hagámoslo.

Heather salió del calor del saco de dormir al aire frío.

—Tus botas están húmedas —comentó Hunter.

—Tenía unas zapatillas de tenis en la mochila. ¡Oh! Pero deben estar mojadas también —comentó Heather.

—Todo lo que tenías está mojado. Pero esta noche podemos poner a secar alguna ropa. Ponte otro par de calcetines míos, e intenta ponerte tus botas. Cuando hayamos cruzado, puedes quitártelas y ponerlas junto al fuego para que se sequen.

Heather miró el puente peligroso.

—Suponiendo que esta vez pueda cruzar —dijo.

—Tengo un plan mejor. Ataré una cuerda al árbol, cruzaré primero y la ataré al otro lado. Luego volveré a buscarte con la soga que usó John. Tendrás dos cuerdas a las que agarrarte para cruzar. Llevaré una mochila en cada una de las travesías.

—De acuerdo.

—Ya verás que este sistema funciona. Ponte las botas.

Heather tenía frío y estaba agotada. Pero no quería demostrarlo.

Hunter cruzó al otro lado sin problema. Y a pesar de sus temores, Heather pudo atravesar el puente y reunirse con el grupo al otro lado. Habían encendido un fuego, y ella se quitó las botas y extendió los pies para calentárselos. Vio a Hunter volver con las cuerdas y dejarlas en su sitio.

Heather se estremeció al recordar el momento crítico en que se había caído, la desesperación que había sentido de no poder respirar en el agua...

—Menos mal que teníamos la cuerda —dijo Heather. Miró a Hunter y dijo—: Gracias, Hunter, me salvaste la vida.

—Hay que estar preparado para todo.

De pronto, Hunter recordó un proverbio chino que decía algo así como que si salvabas la vida de alguien ésta era tuya. Y disfrutó de

esa fantasía un momento.

Saboreó la idea de que Heather fuera suya. Deseaba que Heather volviera a Denver con él. Que se quedara con él para siempre. Pero eso era un sueño.

Hunter volvió con el grupo. Estaba preocupado por el hombro de Heather.

—Heather no podrá llevar su mochila —dijo.

—Estoy bien. Puedo llevarla en el hombro que tengo bien.

—Lo dudo. Nos dividiremos tus cosas. Cada uno llevará algo.

Hunter extendió una soga de un árbol a otro para poner a secar su ropa, y luego volvió a sentarse al lado de Heather.

—¿Cómo estás?

—He entrado en calor y no me apetece moverme.

Le dolía todo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella.

—Acampar. Dormiremos esta noche y veremos cómo estás mañana. Si te encuentras bien, caminaremos hasta el refugio. Si no, John y Peter pueden marcharse y enviar ayuda desde allí para que vengan a buscarnos.

—Puedo ir por mi propio pie —protestó ella.

—Veremos cómo te encuentras.

—¡Voy a andar!

Hunter casi se rió al oír aquel tono de determinación. Luego desvió la mirada.

Había muchas cosas de Heather que todavía le resultaban atractivas. Le gustaba bromear con ella. O verla cuando se despertaba por la mañana. Había tenido que reprimirse las ganas de besarla en la tienda cuando la había estado haciendo entrar en calor. La había deseado más que nunca.

¿Qué pensaría Heather sobre ellos?

—¿Te has arrepentido alguna vez?

—Siempre.

—Sobre nosotros, quiero decir —agregó Hunter.

Ella dudó. Y de pronto Hunter cambió de tema.

—Olvídalo. Iré a buscar agua para el café de la cena y del desayuno de mañana.

Se alejó antes de que ella pudiera contestar.

Heather estaba furiosa. Cada vez que tenía la oportunidad de

arreglar las cosas con Hunter, la perdía. Tal vez todavía le quedara una oportunidad de hablar con él aquella noche en la tienda.

Hunter estuvo amable aquella noche, pero no le dio oportunidad de volver a hablar del asunto. Y cuando ella se fue a dormir, él se quedó junto al fuego.

Tenían que compartir un saco de dormir. El suyo estaba totalmente mojado. ¿O

pensaría Hunter quedarse despierto toda la noche?

Le dolía mucho el hombro todavía, así que tendría que dormir sobre el otro lado.

Tardó en dormirse, pero finalmente lo hizo. Hunter se metió más tarde en el saco de dormir. Su calor fue una bendición.

Heather se despertó por la noche, con frío y dolor en el hombro. No estaba cómoda y se movió en el saco de dormir, aunque casi no tenía espacio. No encontró una posición cómoda. Hunter estaba dormido. Y ella deseó dormirse de una vez.

Una mano le rodeó la cintura y la apretó contra él.

—¿Qué te sucede?

—No estoy cómoda.

—¿Te molesta el hombro?

Ella asintió.

—¿Quieres otra aspirina?

—Quizás me venga bien.

Hunter se puso boca arriba y la rodeó con su hombro. Y ella se relajó, sintiéndose abrigada y a salvo.

Poco a poco la sensación de sentir el cuerpo de Hunter borró todos sus dolores de su mente. Las manos de Hunter la acariciaron por encima de la franela de la camisa.

¿No se daba cuenta de la reacción que estaba produciendo en ella? Deseaba que le quitase la camisa que los separaba y que la acariciara directamente.

Heather le agarró una mano y se apretó contra su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hunter.

—Parar tu mano —contestó ella.

—Lo siento—dijo él después de un silencio.

—Eres una persona muy turbadora... —murmuró ella.

—Duérmete.

Pero se quedó despierta, pensando en su madre, y en la

posibilidad de que se desenvolviera sola. ¿Por qué su madre no quería ser más independiente? ¿O no podía? Tal vez pudiera contratar a alguien para que la ayudase en las cosas que no podía hacer.

¿Y si se iba a vivir a Denver?

Fantaseó con la idea de que Hunter deseara tenerla cerca. La sensación de tenerlo allí, dándole calor, era el paraíso. Y con aquel bienestar de soñar al menos con un futuro mejor, se durmió.

Cuando Heather se despertó por la mañana, estaba sola en el saco de dormir. Se incorporó con un gesto de dolor por el hombro. Se vistió con dificultad y salió de la tienda. Sus botas estaban a la entrada, secas y calientes.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Hunter.

—Sí, gracias. Estoy lista para marcharnos.

—¿Qué tal tienes el hombro?

—No está mal. Me duele, pero es soportable.

Llegarían al refugio por la tarde temprano, había dicho Hunter. Luego le quedaría el viaje a Seattle, pero podía parar en un motel y darse una ducha caliente, pensó Heather.

Hunter la estaba mirando.

—¿Qué ocurre?

—Me pregunto hasta dónde aguantarás.

—Todo el camino.

—Seguir todo el camino será una experiencia nueva para ti.

—Hunter, ya me he disculpado. He intentado explicártelo, si no quieres escucharme, por lo menos deja de hacer comentarios hirientes.

—Te fuiste por mi bien...

—Sí.

—¿Confiabas tan poco en mí que tuviste que tomar la decisión por mí?

—No es así.

—Sí lo es. No me diste la oportunidad de tomar la decisión. No me creo que haya sido por mi bien. Preferiste ir con tu madre.

—Me necesitaba. Mi padre acababa de morir, Hunter. Pasamos años viviendo prácticamente en hospitales y centros de rehabilitación.

—Y yo ni siquiera me enteré. ¿No era lo suficientemente hombre

como para manejar aquella situación?

—Hunter, ¿estás loco? Siempre has sido suficientemente hombre. Pero no tenías suficiente dinero para estudiar. Y nosotras tuvimos que vender hasta la casa para pagar las facturas de los médicos... Si mi tío Saul no nos hubiera ayudado, no sé qué habría sido de nosotras. No podía esperar que tú afrontaras todo eso.

—¿Por qué no? Tú lo afrontaste.

Heather lo miró. Era cierto. No le había dado la oportunidad de elegir.

—Eso es diferente. Se trataba de mi familia. Mi madre me necesita. Tengo que estar con ella.

—Es verdad. Era tu familia. Yo no lo fui nunca —comentó Hunter—. Yo sólo fui un ligue de la época de la universidad que hiciste legal, y del que te olvidaste al primer inconveniente.

—No fue así.

—Entonces, dime, cómo fue.

Heather miró alrededor, como buscando inspiración. John y Peter estaban de pie, cerca de la tienda, observándola. ¿Habrían escuchado la conversación?

—Me pareció lo lógico en aquel momento —respondió Heather.

No iba a darle más explicaciones delante de dos extraños.

—Se supone que el amor no es lógico. Es un sentimiento que une. Pero por lo visto no es lo que sentisteis mi madre y tú. A mí me parece que tú no has querido ver la realidad. Con un supuesto gesto noble con tu madre justificaste lo que hiciste conmigo. Pero no le haces ningún favor, y te estás engañando. Es una gran excusa para no hacer nada. «No puedo hacer nada por mi madre». Agárrate a eso si quieres, Heather. Será el único consuelo que te quede en los años venideros —se levantó y se marchó hacia el arroyo.

Heather deseó que la tragase la tierra. Ella sabía perfectamente que el amor era un sentimiento que unía. Había hecho un gran sacrificio en nombre del amor, pero sólo había servido para la infelicidad de ambos. Y había sacrificado su única esperanza de felicidad.

Hunter se alejó, furioso con ella y consigo. No sabía si aquella historia era una estrategia de Heather para conseguir el contrato de su agencia, o si simplemente no le había dado la oportunidad de decidir en su momento.

Habían sido muy jóvenes entonces y tal vez no hubieran podido ver las cosas con claridad. Ahora cada uno había hecho su vida y aquel viaje quizás terminase definitivamente con sus recuerdos de Heather. Porque nunca había podido borrarlos y amar a otra mujer.

No veía la hora de acabar con aquella excursión y de despedirse del grupo. Luego le diría a Alan que su idea de acampar con unos publicistas había sido una tontería.

Peter lo volvía loco. John le gustaba, pero le faltaba fuerza y convicción en lo que hacía. En cuanto a Heather, no podía imaginarse trabajando con ella. Sólo podía imaginar sus ojos, la tristeza que había en ellos. O su risa, como una luz para su alma.

¿Cómo iban a poder tratarse como compañeros de trabajo después de lo que habían compartido?

Se distribuyeron las cosas de Heather entre los tres hombres y se dispusieron a partir. Peter se puso al lado de Hunter.

—No me había dado cuenta de que Heather y tú habíais estado casados —dijo Peter.

—Lo que hubo terminó hace diez años —respondió Hunter.

No le apetecía hablar de aquello con un extraño, y menos con Peter.

—¿Y eso no influirá en la decisión de la campaña?

—No. A ti no te influirá en absoluto —dijo Hunter.

Peter se quedó callado, algo que Hunter agradeció. No veía la hora de despedirse de ellos y de volver a Denver.

La marcha no era difícil y si Peter no le hablaba, quizás pudiera disfrutar del paisaje y de los sonidos del bosque.

Entre el dolor del hombro y sus escasas esperanzas de poder arreglar las cosas con Hunter, la marcha fue un tormento para ella. El dolor del hombro no era nada comparado con el de su corazón.

¿Tendría razón Hunter? ¿Se escudaría detrás del cuidado de su madre para no enfrentarse al mundo?

Miró a Hunter. Lo amaba. Y sospechaba que lo amaría siempre.

Cuando Heather se tambaleó por segunda vez en cinco minutos, John se acercó a ella y le agarró el brazo.

—Sentémonos a descansar. Estamos esforzándonos mucho —gritó a los otros, y llevó a Heather a un tronco caído.

Ella se sentó.

—Heather tiene que descansar —dijo John cuando aparecieron

Hunter y Peter.
Hunter se sentó a su lado y la miró preocupado.
—¿Cómo está el hombro?
—Me está molestando.
Hunter se lo frotó con cuidado. Ella disfrutó de aquel contacto. Su corazón se aceleró. Pero él desvió la mirada. Y ella se quedó con ganas de tocarlo.
—Haremos una compresa fría en el próximo arroyo. Si bajamos la hinchazón, te molestará menos —comentó Hunter.
—No, no quiero que nos demoremos por mí. Estoy bien.
John agitó la cabeza.
—Bueno, quizás no del todo bien, pero me puedo mover. Terminemos hoy la marcha.
Heather tuvo que descansar varias veces durante el camino. No le gustaba que los otros tuvieran que esperar por ella, pero no pudo hacer otra cosa.
Pararon para comer e hicieron un fuego.
—No sé exactamente la distancia que hay, pero creo que podremos llegar antes de que anochezca.
—Me alegro —dijo Heather.
Hunter fue a buscar el resto de su almuerzo, y le dijo al oído:
—Yo tenía razón. Te quedan bien mis vaqueros —apoyó sus manos brevemente en su cadera.
Heather se quedó sin respiración y sintió un cosquilleo en su estómago. Estaba temblando.
Se apartó. No podía reaccionar así cada vez que él la tocase.
Cuando terminaron de comer, Heather se sintió con fuerzas de seguir. Quería marcharse, estar sola y pensar qué quería para su futuro.
La marcha de la tarde fue sostenida, aunque lenta. Después de una hora, Heather necesitó un descanso.
Hunter se acercó a ella para preguntarle cómo estaba.
—Estoy bien, relativamente.
—Lo estás haciendo muy bien, Heather. Mejor de lo que esperaba. Sigue así y estaremos en el refugio dentro de poco.
Heather asintió, contenta por su halago.
—Estoy lista —dijo Heather, aunque no lo estaba. Pero no podía pasarse el día descansando.

A las tres llegaron al claro en el que estaba el refugio, a pocos metros de sus coches.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Heather, sorprendida.

—Buen trabajo —replicó Hunter.

Los hombres no tardaron en poner sus cosas en los maleteros de sus coches. John fue el primero en marcharse, después de darle la mano a Hunter y proponerle que hicieran otra marcha sin un tema de trabajo por medio.

Peter insistió una vez más en hacer propaganda de su agencia y luego se fue.

Hunter acompañó a Heather a su coche.

—¿Puedes volver sin problema? —le preguntó Hunter.

—Sí.

No estaba segura, pero quería marcharse con la cabeza bien alta.

—Adiós, Heather.

—Espera, Hunter. ¿Qué me dices...?

—Alan llamará a la agencia que escojamos, probablemente la semana que viene.

—No era eso lo que te iba a decir. ¿Qué me dices de nosotros?

—No hay un nosotros, Heather.

Pero contradiciendo sus palabras, tiró de ella y la estrechó en sus brazos.

Ella sintió un estremecimiento, una sensación eléctrica. Hunter hizo más profundo su beso. Y ella se sintió perdida. Puso las manos en su pecho viril, se apretó contra Hunter. No se podía mover, ni lo deseaba. Hunter metió su lengua en su boca en respuesta a su gesto. Ella se frotó contra él como una gata, buscando más contacto.

Acarició su cabello. Todo su cuerpo pedía más. No quería separarse de él. Sus caricias la volvían loca.

Lentamente, Hunter la dejó de besar.

—Eres peligrosa —dijo él, acariciándole el cuello como si no quisiera dejar de tocarla.

—No quiero decirte adiós —dijo ella.

—Entonces, sólo digamos «hasta la vista». Que te vaya bien en la vida, Heather.

—Te amo, Hunter —soltó Heather—. Siempre te he amado. ¡Siento tanto haberte dejado! Por favor, ¿no podemos volver a intentarlo? No quiero decirte adiós.

Sin decir una palabra, Hunter agitó la cabeza, se dio la vuelta y se marchó a su coche. Abrió el maletero y guardó la mochila, ignorándola.

Heather tragó saliva, y se fue a su coche.

Miró por el espejo retrovisor al hombre que no se había molestado ni en darse la vuelta, y se marchó rumbo a Seattle.

Capítulo 9

Hunter se dio la vuelta en cuanto el coche de Heather desapareció del aparcamiento y salió a la carretera. Ella le había dicho: «Te amo». «¿No podemos volver a intentarlo?».

¿Para qué? ¿Para volver a dejarlo en cuanto la necesitase su familia y la volviera a perder? No podría soportarlo. Le daba rabia sentirse de aquel modo aun después de diez años. Que pudiera desearla sin importarle las consecuencias. Ella podría haberlo llamado en cualquier momento durante aquellos diez años. Pero no lo había hecho.

Hunter miró hacia el bosque y deseó que aquella excursión de senderismo no hubiera existido. Se subió al coche negro de alquiler y salió hacia Denver. Llegaría al día siguiente. Tenía que olvidarse de Heather y seguir adelante con su vida.

A la hora de estar conduciendo, Heather estaba agotada. Nada había salido como ella había imaginado. Vio un motel a la derecha de la carretera y se metió en el desvío. Reservaría una habitación, se daría una ducha caliente y dormiría hasta el día siguiente en una cómoda cama. Vería las cosas con más optimismo entonces.

Pero estaba triste. No quería volver a su casa sola. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. No quería volver a vivir diez años de soledad como los que había vivido.

Heather se registró en el motel y se alegró de ver que tenía una cafetería. Comería algo, se daría una ducha caliente y se metería en la cama.

La comida le dio energía. La ducha fue un regalo, y disfrutó de las sábanas limpias y de la televisión en la cama. Era maravilloso poder dormir en una cama blanda.

Antes de apagar la luz se acordó de su madre. Su madre se preocuparía mucho si no aparecía.

Con un suspiro agarró el teléfono y la llamó a casa de su tía Susan.

—¿Sí?

—Hola, tía Susan, soy Heather.

—Hola, guapa. ¿Estás en casa?

—No, todavía estoy en la montaña. Voy a pasar la noche aquí

para no conducir de noche. La expedición terminó tarde —no quiso explicarle la historia del golpe en su hombro para no preocuparlos —. ¿Cómo está mi madre?

—Está bien, aunque se ha quejado todo el tiempo. ¿Siempre es así o es con nosotros?

Heather se puso a la defensiva, a favor de su madre. Luego lo pensó y se dio cuenta de que su madre se quejaba mucho.

—Es así.

—Dejó de quejarse cuando le dije que tuviera en cuenta todo lo que tenía. Hay mucha gente que está peor que ella y que encima no tiene una hija que la cuide. No ve la hora de volver a su casa y alejarse de mí —dijo Susan.

Heather de pronto sintió ahogo. No le apetecía volver a su apartamento, no quería hacer un trabajo que realmente no le gustaba, y cuidar a su madre. Sólo tenía veintinueve años; era demasiado joven para aceptar esa vida. Demasiado joven para renunciar a todo para cuidar a una mujer que probablemente pudiera valerse con una ayuda mínima.

—¿Heather?

—Lo siento. Estaba pensando —respondió.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí, y no. Yo… —no podía contarle a nadie que se había encontrado a Hunter. No sabían nada de su boda. Excepto Saul.

—¿Está tío Saul?

—Ya se ha ido a la cama. ¿Quieres que lo despierte?

—No, no. Hablaré con él cuando llegue a casa.

Necesitaba hablar con alguien, pero no creía que su tío fuera el más apropiado para escuchar su historia. En cambio, su tía podría ser un oído comprensivo.

—Me he encontrado con Hunter Braddock en el viaje.

—¡Oh! ¿Un viejo amigo?

—Algo así. Fue mi marido hace diez años.

—¿De qué estás hablando? —su tía estaba en estado de shock.

—Nos casamos en la época de la universidad. Pero yo lo dejé cuando papá sufrió el accidente y mamá quedó tan mal. Estaba en la marcha de Trails West. ¿No te contó nada Saul sobre Hunter? Al parecer, Saul sabía la historia. Puso su grano de arena para que terminase mi matrimonio, aunque de eso me enteré en la excursión.

—¡Dios bendito! No tenía ni idea. ¿Dices que Saul lo sabía? Jamás me ha dicho nada.

—Yo no se lo dije a nadie. Al saber lo mal que estaba mi madre, no quise que Hunter cargase con ese peso. Así que me divorcié. Pero en la excursión Hunter me contó que había venido a Seattle y que Saul lo había convencido para que me dejase en paz. ¡Con razón fue tan fácil conseguir el divorcio!

—Cariño, no sabía nada. ¡Pobrecita mía! Además del dolor de perder a tu padre, sufriste por perder a tu marido. Bueno, lo único que se me ocurre decirte es que es un hombre que no vale la pena si no te apoyó en el momento en que lo necesitabas.

—No fue culpa suya. Fue mía. Y tal vez de Saul también.

—¿Cómo lo sabes? Tú no causaste el accidente. Yo diría que es un hombre que no vale la pena si quiso separarse en cuanto las cosas no fueron perfectas.

—No. No me he explicado bien —Heather se lo aclaró a su tía.

—¡Oh, Heather! No le has dado la oportunidad de estar a tu lado. Cariño, eso es muy cruel.

—No podía condenarlo a un peso tan grande. Sabes que el cuidado de mi madre se ha llevado hasta el último céntimo que teníamos. No podía cargarlo con deudas antes de que terminase sus estudios incluso. Hacía grandes esfuerzos para estudiar, y no se merecía que lo llenasen de problemas.

—Y entonces tú lo dejaste libre.

Heather asintió. Luego se dio cuenta de que su tía no podía verla.

—Así es. Pero él no lo ve de ese modo. Sigue furioso conmigo. Nunca pensé que la rabia le durase tanto.

—Ven a casa, cariño, y charlaremos. Si sigue enfadado, debe ser porque tiene sentimientos fuertes hacia ti todavía. ¿Lo quieres?

Heather estalló en llanto.

—¡Más que a nadie en el mundo!

—Ven directamente a casa mañana. Veremos qué podemos hacer. Le diré a tu madre que no te espere hasta mañana. No hace falta que hables con ella esta noche.

Heather colgó, llorando todavía. Había sido muy duro decir adiós por segunda vez a Hunter.

Lo amaba. ¿Por qué no podían estar juntos toda la vida?

En lugar de dormir, estuvo llorando una gran parte de la noche.

Hunter llegó a Seattle antes de las diez aquella noche. Se alojó en uno de los hoteles más grandes de la ciudad y se dio una ducha. Iría a la nueva tienda de Trails West por la mañana. Nunca venía mal darse una vuelta por un nuevo punto de venta. Iba a volver a Denver en un vuelo por la tarde. Aunque no estaba seguro de que pudiera cumplir con lo planeado.

Tal vez visitase las agencias que le habían ofrecido sus servicios. Quizás empezara por Jackson & Prince.

Era un masoquista, se dijo debajo de la ducha caliente. No tenía por qué volver a ver a Heather. Había sido una semana muy dura, y sus últimas palabras la habían hecho más dura. «Te amo», recordó.

¿Cómo sería ser parte de su familia? ¿Saber que ella estaría a su lado pasara lo que pasara? Le habría gustado que Heather tuviera ese sentimiento por él.

Se secó y salió del cuarto de baño. Se acercó al gran ventanal del hotel con vistas a Seattle. Brillaban las luces en la oscuridad. Parecía un mundo de cuentos de hadas.

Pero no era verdad. La habitaban hombres y mujeres que iban a trabajar y luchaban por conseguir sus metas.

Él tenía lo que había querido. Había conseguido lo que su padre no había podido.

Tal vez algún día se casara otra vez. Quería dejarle la empresa a un hijo o hija.

Se quedó mirando las vistas. Y por primera vez admitió que no tenía algo que quería: una familia con quien compartir su vida. Había conseguido logros en lo profesional, pero en lo personal estaba solo.

¿Por qué no se había casado con Janet ni con Brittany, unas mujeres bellas y divertidas, e incluso amantes de la naturaleza?

Pero no eran Heather, pensó. Su padre no había superado la pérdida de su madre.

¿Iba él a repetir la historia, suspirando por algo fuera de su alcance?

Heather llegó al día siguiente a las once de la mañana. Había pedido cita con el médico para que le mirase el hombro. Y salió de la consulta más tranquila, pero llena de analgésicos.

Lamentaba haberle contado tanto a su tía la noche anterior.

Quería hablar con su tío. Pero se alegraba de haber hablado con alguien. Y su tía era una mujer sabia. Lo suficiente como para ver que ella no estaba viviendo su vida por cuidar de su madre.

Tal vez fuera el momento de cortar el cordón umbilical. Y vivir.

Su madre cocinaba poco, pero lo hacía cuando le daba la gana. Tejía a ganchillo y eso la mantenía ocupada. Podía recuperar sus amistades si se lo proponía...

Con una nueva determinación, Heather aparcó frente a la casa de sus tíos. Recordó la casa en la que había vivido antes del accidente, antes de tener que venderla para pagar los gastos médicos y cambiarse a un pequeño apartamento. Sabía que su madre siempre había echado de menos su antigua casa. Lo normal hubiera sido que ella se hubiera casado y se hubiera ido a vivir a otra casa, con su marido... Y entonces recordó el pequeño apartamento que había compartido con Hunter.

—Hola, Heather —la saludó tía Susan con una sonrisa.

Heather se acercó lentamente y la saludó. Susan la abrazó.

—¿Qué te sucede? —preguntó Susan al ver que Heather hacía un gesto de dolor.

—Me caí durante la excursión y me golpeé el hombro. He ido al médico y dice que estaré bien en un par de semanas.

—Saul me dijo que sería una excursión agradable, sin peligros.

—Había un poco de peligro. Dos de los hombres que iban regresaron antes por una enfermedad y un accidente. Y yo terminé con un golpe al final del trayecto.

—Entra y cuéntanos todo. Tu madre está ansiosa por verte.

—Y por volver a casa —dijo Amelia por detrás, sentada en su silla, con ceño fruncido—. Pensé que vendrías ayer. Me apetece irme a casa.

—¡Madre! —Heather se sorprendió por aquel recibimiento tan desconsiderado—.

Sé que quieres irte a casa, pero después de todo lo que han hecho Saul y Susan, tendrías que tener un poco de gratitud.

Su madre miró a Susan.

—¿Puedes quedarte a comer? —preguntó Susan.

—Sí.

—¡No! —exclamó su madre al mismo tiempo.

Heather miró a su madre.

—Puedes irte tú, si quieres, pero como tía Susan me ha invitado, yo me quedaré.

—Heather, ¿cómo te atreves a hablarme de ese modo? —protestó Amelia.

—En realidad, tenemos que hablar, mamá. Esperaré a que lleguemos a casa, pero las cosas van a cambiar. Voy a buscarte una persona que te ayude y luego me mudaré.

—¡Heather! —Amelia estaba en estado de shock.

Susan pareció sorprendida, pero ocultó una sonrisa.

Sonó el teléfono y Susan fue a contestar.

—¿Qué te pasa, Heather? —preguntó Amelia—. ¿Es mucho pedir ir a casa? He estado demasiado tiempo en la casa de esa mujer.

—Creo que deberías estar contenta. Tía Susan y tío Saul han estado contigo mientras yo estuve fuera. Podrías haber estado en casa.

—Sabes que eso es imposible.

—En realidad, mamá, creo que sí es posible. Y tenemos que ver el modo de arreglarlo, porque yo no me voy a quedar.

Había estado dándole vueltas a la idea durante todo el viaje de regreso.

—Te necesito —dijo Amelia—. ¿Qué ha sucedido en este viaje que te ha hecho cambiar?

—Tengo veintinueve años. Quiero tener una vida además de ir a la agencia y pasarme todas las noches en casa con mi madre. Te quiero, lo sabes. Pero no es justo sacrificar mi vida si no es necesario. ¿Te has preguntado alguna vez qué quiero yo?

—Sé que he sido un estorbo —empezó a decir Amelia, jugando con el cinturón de su bata—. Pero cuando murió tu padre, no tenía a nadie más que a ti. No puedo manejarme sola, lo sabes.

—Mamá, nunca has sido un estorbo. Pero tenías muchas amigas, de las que te has apartado en estos años. Tenías cosas que te interesaban y actividades que te hacían salir de casa. Hay muchas personas en sillas de ruedas que viven vidas estupendas.

Tú también puedes hacerlo.

Amelia miró a Heather como si estuviera loca.

—No sé qué te ha picado… —dijo.

—Creo que tiene que ver con un tal Hunter Braddock —dijo

Susan, acercándose a ellas. Vayamos a la cocina. Prepararé la comida mientras hablamos. Era Saul en el teléfono —comentó Susan, llevándolas hacia la parte trasera de la casa—. Quería saber cuál es la relación exacta entre Heather y Hunter ahora.

—¿Quién es Hunter Braddock? —preguntó Amelia, moviendo la silla de ruedas para alcanzar a Susan.

—El dueño de Trails West, la empresa por la que Saul envió a Heather a la excursión. Al parecer, el hombre se apareció en Jackson & Prince esta mañana a primera hora para hacer un interrogatorio.

Heather se quedó con la boca abierta. Deseó haber ido a la oficina. Luego pensó que era mejor no haberlo hecho. Ya había hecho el ridículo el día anterior frente a Hunter diciéndole que lo amaba y él no había querido escucharla.

Respiró profundamente. Esperaba que viera las cosas de modo diferente cuando volviera a Denver.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué clase de hombre es? —preguntó Amelia, deteniéndose en medio de la cocina.

Susan empezó a sacar cosas del frigorífico para preparar la comida.

—En realidad Saul tenía curiosidad por lo que quería decirle el señor Braddock —dijo Susan, mirando a Heather—. Estaba sorprendido de ver que seguía interesado en Heather después de tantos años.

—¿Qué relación? —preguntó Amelia, mirando a Susan y a Heather.

—¿No has hablado con tío Saul? —preguntó Heather a Susan.

—Estaba dormido anoche, te lo he dicho. Y se marchó antes de que me levantase.

Se quedó muy sorprendido.

—¿Decirle qué? —peguntó Amelia.

Heather tomó aliento y miró a su madre.

—Hunter Braddock fue mi marido.

—Tonterías. Tú no has estado casada nunca —dijo Amelia.

—Sí lo estuve, mamá. Cuando estaba en la universidad. Y me separé cuando tuve que volver a casa.

Amelia la miró. Y de pronto su cara se llenó de horror.

—¿Dejaste a tu marido para venir a cuidarme? —preguntó.

Heather asintió.

—No era justo que cargase con todos los gastos y las penurias que tuvimos. Él tuvo muy pocas cosas de niño, y luchó tanto por estudiar una carrera y salir adelante y estudiar, que yo no podía arruinarle el futuro. Sé que hubiera dejado de estudiar para mantenernos. Y yo no podía permitir que sucediera eso.

—¿Hay alguna posibilidad de que él quiera volver? —preguntó Susan, poniendo sándwiches en un plato, un cuenco con macedonia de fruta en la mesa de la cocina.

Heather agitó la cabeza.

—Fue muy extraño verlo después de tantos años. Él ha logrado todo aquello por lo que luchó. Me alegró saber que había tenido éxito. Que estaba establecido. Creo que he hecho lo que tenía que hacer —se reprimió unas lágrimas.

No había sido fácil hacerlo. El dolor jamás había desaparecido.

—¿El chico del que nos hablaste aquella Navidad? —dijo Amelia —. Tu padre y yo pensamos que era sólo un capricho de adolescente.

—No, mamá. No lo era. Lo quería tanto que pensé que me iba a morir sin él. ¡Me sentí tan decepcionada de que ni tú ni papá me tomaseis en serio! Él era importante para mí, y vosotros no le disteis la menor importancia.

—Pensamos que se te pasaría... ¡Deseábamos tanto que entrases en la universidad!

Nosotros no habíamos podido estudiar, y queríamos que tú pudieras hacerlo.

—Yo también quería estudiar. Quería ser maestra. Me encantan los niños. Pero el destino cambió todo.

—Serviros —Susan hizo una seña hacia los sándwiches—. No es demasiado tarde para que vuelvas a estudiar, Heather. Estoy segura de que Saul podrá arreglar tus horarios para que vayas a clase. Y Amelia puede conseguir algún trabajo para ayudar económicamente.

—¿Qué? No puedo... —Amelia se calló al ver el brillo en los ojos de Susan. Se volvió a Heather y dijo—: No sabía que te habías casado con ese hombre. Nunca nos lo dijiste.

—Quería terminar el año con buenas notas para poder deciros que podía estudiar y estar casada a la vez. Pero no pude hacer ni los

exámenes finales.

Se sentó a la mesa.

—Gracias por la comida, tía Susan.

Susan miró a Amelia.

—Amo a Saul, Amelia. Sé que tú amabas a Sam. Estabas desesperada cuando murió, como todos nosotros. Imagina si lo hubieras dejado por tu familia. Heather era joven, pero creo que amaba a ese joven. Todavía lo ama. Sé que yo amaré a Saul toda mi vida. Ella ha renunciado a su vida por ti, lo menos que puedes hacer es dejar que busque su camino. Déjala marchar, Amelia. Puedes arreglarte de otra forma.

—Heather es todo lo que tengo —dijo Amelia suavemente.

—Mamá, eso no es verdad. Tienes a Saul y a Susan, a todo el clan Owen, a tus amigas de antes... Podrías recuperar su amistad si quisieras.

—¿Quién va a querer salir con una vieja inválida? —preguntó Amelia amargamente.

—Nadie, si tienes esa actitud. Pero tú eras una persona divertida —dijo Susan.

—Creo que Heather y yo tenemos que hablar de esto un poco más —comentó Amelia.

—Eso creo yo también, mamá. En cuanto terminemos de comer, iremos a casa.

—Cuéntame cosas sobre el viaje —le pidió Susan.

—No creo que hayamos conseguido la publicidad. Había un hombre allí que tenía respuestas para todo. Era insoportable, pero no dejaba a Hunter ni un momento, así que me parece que conseguirá él el contrato.

—No me interesan los negocios —le aclaró Susan—. Lo que quiero que me cuentes es la historia con Hunter Braddock y qué sentiste al volver a verlo.

Heather sonrió con tristeza.

—Fue impresionante...

Les contaría detalles, pero no los besos ni las noches en blanco que había pasado fantaseando con lo que podría haber sido.

Capítulo 10

Heather sabía que la conversación con su madre no sería fácil. Amelia esperó a llegar a su casa y luego empezó a quejarse de Saul y de Susan. Heather la dejó hablar, pero cuando se calmó, le dijo:

—Mamá, voy a cumplir treinta años. Tú tenías un matrimonio feliz y una hija a los treinta años. ¿No quieres lo mismo para mí? ¿No te gustaría ser abuela? Si no cambio algunas cosas en mi vida, estaré trabajando para tío Saul hasta los ochenta años, y seré una solterona toda la vida.

Amelia frunció el ceño.

—Entonces, ¿tienes planeado irte con ese Hunter Braddock otra vez? ¿Vas a marcharte a Denver y dejarme aquí sola?

—Él tiene su vida al margen de la mía, mamá. Y no te dejaré nunca totalmente sola. Pero veremos qué podemos hacer para que no dependas tanto de mí. Podrías tener ayuda a tiempo parcial o algo así.

—¿Y de dónde sacaremos el dinero?

—Nos arreglaremos. Tú puedes vender tus trabajos de ganchillo. Son muy bonitos.

—Es un hobby...

Se sobresaltaron al oír unos golpes en la puerta.

Heather fue a abrir y se encontró con Hunter delante de ella.

Se miraron un momento. Luego él tiró de ella para estrecharla en sus brazos, con cuidado de no hacerle daño en el hombro. La besó, mordiéndole suavemente la comisura de los labios. Volvió a besarla en la boca, en las mejillas, en el cuello, nuevamente en la boca expectante.

Heather se olvidó de todo. Perdió la noción del tiempo y del espacio y de su madre. Sólo sentía el calor de sus labios, el maravilloso calor que se expandía por su cuerpo con sus caricias. Lo besó apasionadamente, pero aquello no le alcanzaba.

Él volvió a besarle las mejillas, el cuello, la boca. La estaba volviendo loca, pero ella disfrutó de aquel delicioso tormento. Quería que aquel momento durase toda la vida. Había pensado que no lo volvería a ver, y ahora lo tenía allí mismo, para ella.

Hunter levantó la cabeza y la miró. Tenía la respiración agitada

y el brillo del deseo en sus ojos.

—Me vuelves loco. Eres una tentación hasta para un santo. Y yo no soy un santo.

Quería apartarme de ti, pero no he podido. Tu tío me ha dicho dónde vivías, y aquí estoy.

—Creí que no te volvería a ver —Heather le dibujó el contorno de los labios con un dedo.

Él se lo agarró y se lo mordió suavemente. Ella lo besó aferrándose a la seda de su pelo. Y aspiró su fragancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Heather.

—He venido a verte, por supuesto.

Hunter la volvió a besar y ella se ahogó en el placer de aquella sensación maravillosa. Luego la acarició, produciendo un estremecimiento en todo su cuerpo.

Después Hunter se separó de ella, y preguntó:

—¿Y ahora, cómo sigue esta historia, Heather?

—¿Heather? —se oyó la voz de Amelia.

Heather se dio la vuelta y vio a su madre.

—Hunter, ven que te presento a mi madre.

—Señora Jackson —dijo él, entrando en el apartamento.

—Así que usted es el hombre que dejó a mi hija cuando más lo necesitaba...

—¡Madre! ¡Eso no es así! No digas eso. ¡Yo dejé a Hunter! Él no conocía nuestra situación. Cuando quiso hablar conmigo, Saul lo echó. Hunter no hizo nada malo.

Hunter miró, sorprendido por la defensa de Heather. Se sentó en un sofá y miró a Amelia Jackson.

—En aquel momento pensé que Heather había recibido dinero por la muerte de su padre y que no quería seguir casada. ¿No fue eso lo que me insinuaste? —preguntó a Heather.

Ella asintió.

—Lo siento, pero lo hice pensando que era lo mejor.

—¿Qué lo ha traído hoy?

—Algo que me ha dicho Heather recientemente —miró a Heather.

—¿Qué? —preguntó Heather, con esperanza.

—¿Y qué ha sido? —preguntó Amelia, como queriendo que le prestasen atención.

—Me dijo que me amaba. He venido a ver si es cierto.

—Sí, lo es.

—No voy a dar la publicidad a Jackson & Prince...

—No me importa, quiero decir, me importa, sería algo bueno para ambas partes, pero no lo he dicho por eso. ¿Es eso lo que has pensado?

—¿Qué idea tienes tú de esta relación? —preguntó Hunter—. ¿Quieres que salgamos de vez en cuando?

Heather tragó saliva. Ella quería más, pero si él no podía darle más, lo aceptaría.

Asintió.

—¿Vas a venir a Denver?

Heather asintió. Lo había planeado. Y quería demostrarle que haría lo que él quisiera.

—Heather —empezó a decir Amelia con pánico.

—Mamá, éste es un asunto entre Hunter y yo.

—¿Quieres volver a casarte conmigo? —le preguntó Hunter.

Ella se encendió de alegría. Se echó a sus brazos y respondió:

—Sí, cuando quieras. Te amo, Hunter. Siempre te he amado.

Hunter casi la rompe con su abrazo. La besó ardientemente.

Ella no podía creer que tanta felicidad fuera cierta.

—No es por el dinero, lo sabes, ¿verdad? —dijo Heather.

—¿Qué dinero? —preguntó él.

—Tu dinero. Tengo dinero suficiente para mantenerme yo y mantener a mi madre.

No necesito tu dinero.

Él se rió.

—Jamás he pensado que te interesara mi dinero. Pero tengo suficiente para mantenerte a ti y a tu madre. Lo que no quiero es que vuelvas a dejarme.

Empezaremos de nuevo. Pero te lo advierto, si hay algún otro problema familiar, no te dejaré marchar.

—No te dejaría por nada del mundo, Hunter. Déjame compartir el resto de tu vida para demostrártelo. ¡Te amo tanto! ¡Me alegro de habértelo dicho en el aparcamiento!

—Eso ha ayudado, pero cuando te vi en peligro me di cuenta de que no me importaba lo que hubiera sucedido en el pasado. Podrías haberte matado. El orgullo no tiene lugar en algo tan importante

como el amor entre nosotros. Eres mía. Quiero estar contigo, volver a ser tu marido.

Heather sintió calor y ternura en su corazón al oírlo. La amaba. Aún quería compartir su vida con ella, como hacía diez años.

—¿Por qué has ido a ver a Saul?

—Para decirle que iba a pedirte nuevamente que te casaras conmigo. Y para hablar de negocios en Seattle. Voy a traer mis negocios aquí.

—¿Vas a trasladarte a Seattle?

—¿Por qué no? Con la expansión de Trails West hacia el Pacífico, conviene que uno de los dueños esté cerca.

—Pero ésa no es la verdadera razón, ¿verdad?

—No, la verdadera razón eres tú y tu madre.

—Tenías razón. He intentado justificar mis acciones escudándome en mi madre.

—Es tu madre. Yo habría hecho lo mismo por mi padre. La familia es importante, Heather. Pero tú y yo también somos familia.

—No confías en mí, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Te vienes a vivir a Seattle porque piensas que así será más fácil que no me marche si pasa algo grave...

—Así es.

—Pero yo no te voy a dejar por nada del mundo. Te amo. Y ya no somos unos críos. Jamás te dejaré. Pensaba mudarme a Denver...

—¿Recuerdas que te dije que había estado a punto de casarme dos veces? Nadie consiguió que lo hiciera realmente. Yo puedo vivir donde sea, pero quiero vivir contigo. Me alegro de que estuvieras dispuesta a venir conmigo a Denver, pero creo que es mejor que yo me establezca aquí. Tu madre necesita a su familia cerca. Ella no es de Denver. Ni yo tampoco.

—Si me fuera contigo a Denver tú sabrías que te estoy eligiendo.

Hunter le agarró la barbilla.

—De eso se trata, Heather. No quiero hacerte elegir. Tendremos una casa grande y todos tendremos intimidad suficiente. Todo irá bien, cariño.

—Confío en ti. ¡Te quiero tanto!

Él la besó.

—¿Trato hecho, entonces?

Heather asintió, feliz.

—Te amo, Heather —dijo Hunter, besándola—. Cásate conmigo.

—Sí —ella lo besó.

—Creo que voy a empezar a tejer a ganchillo una colcha de boda —dijo Amelia con una sonrisa.

Pero Heather y Hunter no la escucharon.

Fin